



Mi propio demonio

Iris Montes Mesequer

MI PROPIO DEMONIO

Iris Montes Mesequer

MI PROPIO DEMONIO.

¿Qué pasará cuando ella se convierta en un estorbo? ¿Y si la nueva vecina fuera demasiado escandalosa y pusiera en peligro un mundo que era silencioso desde tiempos inmemorables?

© Iris Montes Mesequer, 2019

ISBN-13: [número de ISBN]

Impreso por Amazon

Todos los derechos reservados.

-

Contenido

<u>Capítulo I</u>	<u>11</u>
<u>Capítulo II</u>	<u>25</u>
<u>Capítulo III</u>	<u>40</u>

Capítulo IV	<u>60</u>
Capítulo V	<u>76</u>
Capítulo VI	<u>91</u>
Capítulo VII	<u>105</u>
Capítulo VIII	<u>117</u>
Capítulo IX	<u>127</u>
Capítulo X	<u>143</u>
Capítulo XI	<u>153</u>
Capítulo XII	<u>163</u>

Sobre el autor	<u>173</u>
Agradecimientos	<u>174</u>

MI PROPIO DEMONIO.

Adam es un demonio superior cansado de tantos años de existencia. Pasa casi todas las tardes componiendo y tocando música que desea que suene el día de su muerte.

Lorena es un intento de escritora que pasa los días en su nuevo vecindario intentando concentrarse, y lo haría, de no ser porque su vecino resulta ser un músico loco.

Ella irá a plantarle cara y pedirle el cese inmediato de su actividad.

Él conocerá a una chica, ajena a su mundo, que no sabe qué es y que le amenazará con cosas tan humanas que le producirá más de una carcajada.

¿Qué pasará cuando ella se convierta en un estorbo? ¿Y si la nueva vecina fuera demasiado escandalosa y pusiera en peligro un mundo que era silencioso desde tiempos inmemorables?

1 La mudanza.

2 El encuentro.

3 Sucesos.

4 la revelación.

5 El manicomio.

6 Mundo adentro.

7. La decisión.

8. El acuerdo.

9. La transformación

10. Dudas

11. El olvido

12. Ella es mía

Capítulo 1

LA MUDANZA

Lorena

Tras cuatro años en una facultad de la ciudad en la que aprendí numerosas cosas sobre antropología, sociología y psicología, me di cuenta de que no quería ejercer profesiones relacionadas aunque fueran de mi agrado las asignaturas. Me peleé unas cuantas veces con mis padres para hacerles entender que era una mujer adulta y que, con los trabajos que tenía a jornada partida y el dinero ahorrado, podía independizarme y dedicarme por un tiempo a escribir que es lo que de verdad me apasiona. Acabé por convencerlos y hoy por hoy, estoy esperando al camión de la mudanza.

Bajo las últimas cajas de libros que parecen pesar tres quintales desde el desván de mis padres en la última planta. Las escaleras parecen infinitamente largas con esto en las manos que apenas me dejan ver la distancia que queda para pisar suelo firme. Ah, ya. Resbalo los dos últimos escalones porque no, no era ya. A pesar del leve dolor de la parte baja de la espalda, me incorporo y compruebo que la cinta adhesiva sigue bien pegada, no quisiera que precisamente esta caja, la de los libros clásicos, se perdiera por el camino.

Mis padres, a pesar de elevar a todo el vecindario la pena porque su hija mayor se fuera, están sentados dentro sin ayudarme a sacar las cosas. El

camión no ha llegado aún y me pongo a llamar por teléfono mientras, accidentalmente, se encienden los aspersores. Genial. Corro hacia la caja de mandos y lo apago. Por suerte no se ha mojado el contenido de los embalajes. Por fin el claxon de la empresa de transporte.

Bajan dos chicos y uno de ellos se ríe al ver mi ropa mojada, yo sí he salido mal parada de la regadera. Ignoro su burla porque, con el tiempo, esas cosas han pasado a ser insustanciales para mi vida. Mientras terminan de montar, con cuidado dudoso, mis cosas en el gran vehículo, y tras firmarle el papel de entrega y recoger el papel rosa que indica que les voy a meter un puro de tres pares si no llegan bien mis cosas, subo a cambiarme al menos de camiseta antes de coger el coche para irme a un pueblo tranquilo que queda a cuatro horas de camino.

Me planto delante de mi madre que está feliz cocinando una tarta de manzana, seguramente para cuando mi hermano decida levantarse, más o menos dos lustros más tarde que el resto de la gente.

-¿Tienes algo que no sea exageradamente de...persona mayor?

Se seca las manos en el delantal blanco con manzanas rojas que lleva atado a la cintura y sube a su cuarto para bajarme una blusa azul y una rebeca blanca de punto que es lo que ella considera moderno. Bueno, lo demás está más que lejos, así que no me queda otra opción. Tras unos instantes mirándome en el espejo de la entrada decido que para el camino lo mismo da

la vestimenta que me hace parecer unos años más mayor de lo que soy. Me despido de mi padre que apenas levanta la vista del televisor y su adorado fútbol, sea cual sea el equipo que juegue.

Salgo de nuevo al exterior de la casa tras comprobar que los aspersores están desconectados y me monto en el humilde Fiat de segunda mano que me compré hace tres veranos con un esfuerzo que prefiero no recordar. Pongo la radio y el aire acondicionado que funciona solo a ratos y arranco a trompicones. Desaparcar no se me da del todo bien.

El GPS del móvil me guía por las autovías durante lo que me parece una eternidad, incluyendo todas las ocasiones en las que me he parado a pensar si cogía las salidas correctas o acabaría en los Andes cuando en teoría voy hacia el sur. Hace cinco minutos aproximadamente que me he desviado tras un cartel que indicaba “Zandia” que es el pueblo donde he alquilado una casa, pero esto cada vez está más desierto, se hace más de noche, y mi móvil se acaba de apagar.

Ese momento en el que sabes que estás perdida y no sabes si dar la vuelta y tirar hacia la autovía o seguir hacia delante sí o sí hasta salir por algún lado. Cojo la segunda opción porque, total, tampoco tengo buena orientación y quizá ni llegaría otra vez a casa. Seguro que los de la mudanza han llegado hace tiempo, solo espero que no hayan dejado las cajas por ahí y que, en su caso, el depósito esté en algún lugar cercano.

Llego a un pueblo con un cartel chistoso o terrorífico, según se mire, que pone “Llegue y quédese a vivir”. Está todo lleno de curvas y cuestas. Además de señales de tráfico en dudosa correcta posición. Aparco en el primer lugar que veo y me acerco a unas señoras que, tranquilamente, juegan a las cartas sentadas en sillas y sillones que habrán sacado de sus propias casas. Esto en las ciudades ya no se ve.

-Disculpen –Las interrumpo y sin embargo, me miran con simpatía dispuestas a ayudar –Busco la casa 103 de un pueblo llamado Zandia, que espero que sea este.

-Ay mi niña, te veo un poco perdida –Una mujer se levanta con sumo cuidado de su sillón y tras abrigarse con su bata color marfil, se acerca hasta mí –Sí, este es ese pueblo, al menos desde que yo vivo aquí, y eso es dese hace mucho tiempo –Le ríen la gracia sus compañeras y yo acabo por esbozar una sonrisa también a pesar del agobio –La casa que buscas está a dos calles, es la azul. Desentona en todo el pueblo por los últimos inquilinos, eran artistas y no respetaron el color blanco tradicional. Mi pepe si no te parece mal la puede pintar de nuevo –Pongo cara de circunstancias y la mujer parece darse cuenta de que no es el momento adecuado – Perdona bonita, mejor lo hablamos en otra ocasión. No tiene pérdida.

Me monto de nuevo en el coche y casi agradezco que la casa sea como la de los pitufos porque es fácil de localizar. En la agencia no me dijeron que

fuera tan hortera pero no es un cambio significativo que hubiera determinado no alquilarla. A mí lo único que me importa de este pueblo es la tranquilidad de la que presume en la agencia inmobiliaria.

Apago el motor y me cuelgo dos mochilas deportivas al hombro, junto al bolso, las llaves, la rebeca que me quité cuando empecé a sudar por los nervios y una carpeta de papeles importantes que jamás dejo en manos de extraños. Abro la puerta con tembleque no deseado y al cerrar tras de mí, dejo las cosas en el suelo.

Compruebo lo primero que hay luz y agua en la casa y que funcionan las persianas. No ha salido como tenía planeado pues tendría que haber llegado de día y ya no hay ni un alma en la calle. No tengo mis cosas, no he comprado comida y todo empieza maravillosamente en mi independencia. Yuju. Lo mejor en estos casos, según mi experiencia, es acostarse a dormir y mañana será un día mejor, o no, pero este habrá pasado ya.

Abro los ojos por el sol que entra por la venta e ilumina la habitación. Aquí hay que poner unas cortinas o algo que evite el impacto. No sé qué hora es y tras poner a cargar el móvil llamo a la compañía de mudanzas, las cosas llegarán ahora mismo. Puesto que aquí todo está cerca voy rápido al supermercado y encargo que me lo traigan por la tarde. Sólo me traigo lo fundamental que guardo en la nevera sin mucha estrategia de espacio.

Un pitido. Por fin mis cosas. Salto del sofá y me doy en la rodilla con el

pico de la mesa en ese hueso que está en nosotros para producirnos golpes con grado máximo de dolor. Respiro con fuerza varias veces y les abro la puerta para que vayan entrando las diferentes cajas. Tras pagarles la multa por haberles hecho volver, como si tuviera la culpa de que este pueblo no esté bien señalizado, cierro la puerta y suspiro cansada. Cansada pero feliz.

Coloco sábanas, manteles y cortinas. Dejo los libros distribuidos en las estanterías, como algo rápido y por fin, tras todo el agotador proceso, me siento con mi portátil a escribir.

Estoy situada en París con una protagonista inteligente, independiente y hermosa. Lo contrario que yo. El ambiente es acogedor y cotidiano al mismo tiempo y en un puesto de comida artesanal un muchacho sonrío al ver a la extranjera un tanto perdida.

Corto cualquier inspiración alegre que tuviera puesto que una música lenta y agónica se filtra por las paredes de mi habitación. No es desagradable, quizá sea una clase práctica de música. Me tumbo en la cama a esperar pacientemente, quizá mientras duermo, al cese del piano. A las tres horas estoy desesperada y me he tomado dos tilas. La inspiración se me va por la ventana y se me hace insufrible seguir esperando. Por qué no termina nunca la música. Me pongo los cascos y suenan canciones movidas que me distraen momentáneamente del tormento de mi vecino. Estoy alterada, debe ser eso. La mudanza me ha tenido estresada y esto debe ser inusual.

Me pinto la uñas con un color verde chillón, que de discreto no tiene nada. Me cambio y salgo a dar un paseo por el pueblo; Las calles son anchas y me fijo en la casa de donde sale la melodía. Está toda cerrada y las cortinas espesas y granates que cubren toda la luminosidad no dejan ver nada del interior. Se me pasa por la cabeza que una familia no debe vivir porque ya hubiera visto salir a alguien. Deduzco que vive una persona sola, las demás se habrían desquiciado ya.

Visito la biblioteca y aunque su horario es bastante restringido podría servirme de retiro algunos días. Sigo por las calles y veo una panadería donde admiro unos bollos de cabello de ángel que tienen muy buena pinta, ya volveré a comprar algunos. Mi camino se ha visto totalmente satisfecho, no hay más pueblo. Vuelvo a casa que me recibe silenciosa y arranco una de mis sonrisas típicas de persona satisfecha.

Me preparo un té, una manta y me dispongo a escribir. Me inspiro de nuevo y me transporto al olor a panadería donde un muchacho risueño atiende a una chica perdida que se ha animado a acercarse. De repente, ya se me ha vuelto a difuminar todos los trazos de mi trama. Vuelve a sonar la dichosa música y me siento alterada. Los ojos los debo tener ya en blanco pues llevo mirando para el techo un buen rato. La mano me tiembla un poco y las sienas me laten con fuerza aunque la melodía no sería de mal gusto si no tuviera esa constancia cuando yo busco inevitablemente paz.

Pongo la tele y están dando fútbol, pienso en mi padre y casi me da igual el ruido de la casa de al lado. Estoy mejor aquí, puedo concentrarme con los cascos. Quizá tenga un concierto pronto. Le daré el beneficio de la duda.

Suena el despertador. Las cinco de la mañana. Hace una semana exactamente que me instalé en esta casa. Está todo colocado y adornado a mi gusto, pero no puedo hacer nada por el día. Mi vecino toca música prácticamente a todas horas. Descansa estrictamente desde las doce de la noche hasta las ocho de la mañana. Sospecho firmemente que es la hora que marca la ordenanza municipal contra el ruido.

Las casas se encuentran separadas entre sí por una acera y de las cuatro de esta calle solo las nuestras parecen habitadas. Vaya suerte la mía. En la callejuela de atrás vive una señora muy amable, la de las indicaciones del primer día, llamada Flora. Me ha presentado a parte del pueblo y todos parecen querer agradarme de alguna forma simple por ser aceptada por la anciana.

Aunque salgo a la calle bastante a menudo, puesto que en mi casa no me gusta estar demasiado, no veo mucha gente. La población de Zandia es mayoritariamente anciana y parece bastante retirado del resto de cosas. Intenté pasar varias horas en la biblioteca pero ante los ronquidos de Pedro, el bibliotecario, casi prefería los constantes réquiems y demás piezas musicales.

Tras comerme la cabeza más de la cuenta he llegado a la conclusión de

que mi vecino es jubilado que en algún momento fue profesor de música. Es la única explicación. Quizá soñó con triunfar algún día y no lo consiguió. Lo mismo que me va a pasar a mí en la escritura. Destierro ese pensamiento. Quizá debería ir a darle las buenas nuevas para que sepa que tiene una nueva vecina. A lo mejor no es consciente y por eso no le preocupa mi malestar en lo más mínimo. Debe ser eso. Eso tendría todo el sentido y no que yo tuviera tan mala suerte en mi vida.

Me miro en el espejo porque voy a ir al pueblo más próximo a hacer unas compras más elaboradas y quiero ir presentable. Quizá encuentre al amor de mi vida. Vale, no. Tampoco lo voy buscando por ahí como si yo fuera Dora la exploradora, pero hace algún tiempo que pienso que soy como Nemo cuando anda perdido por el arrecife. Bueno, cosas insulsas aparte, me termino de repasar frente al trozo rectangular de cristal. No estoy del todo mal. Tengo el pelo medio ondulado, de color castaño en su sitio. Los ojos verdes delineados, como pocas veces lo hago, quedan mejor de lo esperado. Llevo una camisa blanca entallada con unos jeans y unas botas marrones. Tampoco voy de pasarela pero es aceptable.

Salgo y rebusco en el bolso antes de cerrar, compruebo que llevo las llaves de casa y del coche y doy un portazo. Me dirijo hacia el Fiat y me detengo en el manillar. Es un momento tan propicio como cualquier otro para ir a darle el toque de atención a mi vecino.

Me encamino por la línea de baldosas grisáceas y poco transitadas hasta los tres escalones de la entrada. Llamo al timbre pero no hace ningún sonido. Me quedo momentáneamente extrañada y pienso, absurdamente, en irme de allí. Puedo decir, basada en estudios científicos, que alguien que no tiene timbre y por ende, está claro que no espera ninguna visita, no debe ser muy normal. Giro sobre mis talones cuando pienso en que estoy siendo ridículamente paranoica, se le habrá roto y no se habrá dado cuenta. Llamo con los nudillos con fuerza.

Capítulo 2

EL ENCUENTRO

Adam

Estoy tumbado en la cama y noto una profunda paz mientras mis dedos, tecleando en el aire hacen que se reproduzca en el gran piano de cola de mi salón un réquiem particular. Esta clase de música me hace más llevadera la existencia, poca gente lo entendería. Cuando llevas tantos años vivo y la probabilidad de morir es tan ínfima casi deseas la debilidad de un humano. Los veo morir a diario con acciones tontas o incluso a manos de algún psicópata. Yo sé que no moriría por un atropello o por una cuchillada callejera, ni siquiera con el disparo de un arma de fuego.

No es que fuera un deprimido o un pesimista como aseguraba mi amigo Cody, es que me aburría de tantas décadas haciendo lo mismo. Casi agradecía los momentos excepcionales en que mis contrincantes me superaban en número y había algún riesgo. Quizá debía salir más con el grupo y distraerme entre las diversiones un tanto excepcionales de las que disfrutábamos, pero esta última semana había algo en mí de ansiedad que no reconocía. Estaba nervioso casi todo el tiempo y tocar música era lo único que me hacía no ir a buscar a los

“luces” a ver si conseguían acabar conmigo.

Tocan a mi puerta y dejo mis dedos flexionados quietos en el aire para cesar la melodía. Nadie llamaba a mi puerta. Si fuera uno de los míos entrarían como lo hacíamos todos, apareciendo dentro. Tampoco es que fuera recolectando amigos humanos así que la probabilidad de que fuera alguien para venderme una aspiradora era muy alta. Vuelven a llamar y me obligo a levantarme de la cama que casi suspira con alivio cuando le quito mi peso de encima.

Llevo unos pantalones de deporte negros y no tengo ninguna camisa al alcance. Da igual. Total, para mirar por la ventana del piso de abajo y no abrir. Bajo las escaleras tranquilamente cuando comienzan unos aporreos exigentes en la puerta como si quisieran tirarla abajo.

-Sé que estás ahí dentro viejo chiflado, ahora no hagas como que no hay nadie –Una voz femenina atravesó el espacio hasta mis oídos y el contenido de lo que dice me produce una diversión e intriga muy olvidadas dentro de mí

Bajo más rápido y abro la puerta antes de pensar que estoy haciendo. Entra sol de la calle y el reflejo es incómodo. Suelo salir de noche. Una chica, de unos veintidós años, si mi ojo no me falla, me mira sorprendida con una actitud interrogante.

-¿Y bien? –Consigo decirlo aunque me estoy fijando en unos grandes ojos verdes que no se acompañan a la voz tan feroz que había oído.

-¿Puedes decirle a tu padre que deje de tocar música a todas horas? Es desagradable –Lo dice sin ninguna clase de tabú y la miro con intensidad ¿Mi música era desagradable? El hecho de que hubiera nombrado a mi padre casi me podía hacer gracia, si ella supiera.

-¿Puedes decirle a tus padres que te enseñen como se visita a un vecino? Educación ¿Te suena? –No tengo claro por qué quiero tocarle la moral, quizá mi orgullo se ha visto herido con su comentario. O quizá solo quiero entretenerme un poco más con sus posibles futuros gritos

-¿Educación? ¡Tú sí que no tienes educación! –Ahí estaba de nuevo esa voz un tanto aguda que salía de una garganta pequeña para guardar esa mala leche –No me dejas ni dormir y mucho menos escribir

-¿Escribes sobre mí? –La pregunta sale de mí antes de que pueda pensarlo con claridad. Una humana cabreada en mi puerta resultaba casi una situación irónica

-¿Qué? –Se pasa una mano por el pelo y parpadea demasiado rápido. Evalúa la situación –Vale, entiendo. ¿Están tus padres? ¿Tutor? ¿Guardador social?

-¿Qué? –Ahora el perplejo soy yo. Piensa que estoy loco, lo veo en sus ojos comprensivos y calculadores. Me hace gracia que piense que necesito un tutor a estas alturas –Vivo solo

-De acuerdo –Esa actitud era casi de resignación -¿Podrías dejar de tocar

a todas horas?

-No

Cierro la puerta en su cara y vuelvo dentro. Aún con el cuerpo pegado a la madera que nos separa hago sonar las notas en el instrumento. La oigo suspirar fuerte demostrando su frustración. Me asomo sin ser visto por una ventana cercana y parece a punto de estallar. Me río en voz alta, si llego a saber que son tan divertidos cuando se enfadan, provocaría más a menudo. Se va y se despierta en mí una punzada de decepción. Me estaba entreteniéndome.

Sigo tocando y aumento el sonido de los bafles que reproducen lo que toco porque, por alguna extraña razón, me produce satisfacción saber que me estoy metiendo en la casa de esa chica y que eso la pone histérica. Soy algo retorcido. Paro sobre las doce de la noche porque Cody atraviesa la pared de mi salón y me espera impaciente.

-¿Qué te pasa? Te veo ¿Contento? –Parece sorprendido de mi buen humor y no le explico nada porque es tan humano que en nosotros parece absurdo

Salimos y esa noche volvemos más tarde de lo normal, la caza no ha sido sencilla aunque nuestra ventaja era evidente en forma física, se empeñaron en volar en espacios demasiado abiertos para actuar. Aparezco en la cocina y me inunda un olor extraño, intruso e intrigante. Cojo un plato de macarrones recalentado puesto que, aunque alguien hubiera estado allí, no noto ninguna presencia actual. La ventana de mi salón está mucho más abierta de lo que yo

la deajo y la cierro con sólo pensarlo. Me acerco al piano y sobre él hay una nota que me alegra la creciente mañana

“Deja de tocar los huevos o llamaré a la policía

Tu vecina”

¿Y qué haría la policía? Ni siquiera me verían en caso de venir. Decido cambiarme la ropa de cuero por unos vaqueros y una camiseta negra para estar más cómodo. Son sólo las siete de la mañana y las calles me reciben extrañadas cuando salgo por la puerta delantera de la casa como si fuera una persona corriente. El césped recién regado por los aspersores desprende un olor fuerte que inunda mis fosas nasales. El sol a penas ha salido tras las casas de la última calle del pueblo. Toco el timbre de mi vecina varias veces pues la supongo durmiendo y le pego una nota en la puerta para cuando se levante.

Estoy volviendo a mi casa cuando oigo la puerta abrirse. Me giro levemente y una chica viene furiosa hacia mí. Tendría miedo de no ser lo que soy.

-¿De qué vas, tío? ¿Me dejas una nota que pone “No toco los huevos, toco el piano. La policía no te va a servir de nada. Tu adorable vecino”, en serio? – Tiene los ojos visiblemente cansados muy abiertos y el pelo enmarañado. Una camiseta larga blanca le cubre hasta las rodillas y la loca parece ella en este instante –Lo digo en serio, chaval, déjalo. Toca un par de horas diarias como haría cualquier persona normal

Podría decir algo ingenioso pero estoy algo desconcentrado y solo me doy la vuelta y empiezo a andar a paso ligero hacia mi casa. Se queda por unos momentos parada como si evaluara por qué no le hago caso. Ciertamente podría dejar de tocar tanto ahora que comparto espacio acústico, pero no quiero, y no tengo que hacerlo. Empieza a seguirme hasta que oigo un golpe seco y una palabrota en respuesta.

Me giro y se ha caído, seguramente resbalado, sobre mi césped mojado. Se levanta cubierta de barro y su cara está roja. Me río abiertamente y eso es la gota, por lo visto, que colma su vaso.

Me empuja con fuerza con las dos palmas de su mano sobre mi pecho. No me mueve ni un milímetro. Le miro amenazadoramente y, sin violencia alguna, le retiro, cogiéndole las muñecas, sus dedos de ahí. Me mira como si fuera un extraterrestre y me pregunto qué hará ahora.

-Lo decía de verdad, voy a llamar a la policía por contaminación acústica

-Yo no lo llamaría contaminación, toco piezas clásicas

Se gira y me saca el dedo antes de meterse de varias zancadas en su casa y cerrar con un estrepitoso portazo. Me meto en casa y me sigo riendo un buen rato del carácter inusual de mi pequeña vecina.

Me he debido quedar dormido en algún momento y me despiertan unas sirenas provenientes de un coche de policía. Así que allí estaba la amenaza. Me concentro en hacer desaparecer lo que me interesa. Abro la puerta y los

dos agentes me miran sorprendidos. He adoptado una nueva forma. Les hago pasar e inspeccionar mi casa adrede. El piano no está, tampoco los bafles, ni los discos, ni el violín. Sólo piezas de barcos antiguas y mi aspecto de señor mayor. Parecen confundidos y me piden una disculpa que me arranca risas a borbotones que no nuestro.

Cuando se van miro por la ventana adoptando de nuevo mi cuerpo y recuperando mis cosas. La cara de mi “enemiga” es brutal y desternillante cuando habla con los dos hombres y le dan un boleto, posiblemente un aviso que viene a poner que no se moleste a la policía sin motivo. En un pueblo como este es necesario que vengan de otros cuando sucede algo, que es tan remotamente que parece casi extraño verlos por aquí.

La estoy esperando ansioso sentado en la escalera de la casa. Sé que en cualquier momento va a llamar a la puerta. No se hace esperar. Le abro la puerta tardando unos minutos estratégicos que harán que crezca su desesperación

-¿Cómo lo has hecho? –Me exige apuntándome con un dedo

-¿Cómo he hecho qué? –Tuerzo la boca hacia arriba en una medio sonrisa y ella abre más los ojos como si se contuviera de darme un puñetazo, ojala se animara a hacerlo

-Firmemos alguna clase de tregua, necesito dormir –Esa última afirmación borra un poco de la diversión que tenía hasta el momento. La observo durante

unos instantes y tiene ojeras bajo alguna capa de maquillaje bastante opaca. Parece realmente cansada. Me planteo la situación y me debato por ir a molestarla en otros sentidos pero decido que esto está siendo bastante cómico y quiero enfurecerla más

-No

Su puño se estampa en mi mandíbula y aunque no lo he notado a penas hago como si me doliera, tampoco era cuestión de mostrarle cosas que no debía saber. Nadie se atrevía a golpearme tan abiertamente. Estoy aún sorprendido cuando me da otro en las costillas. No noto nada pero me harta. La cojo de la cintura y ella patalea. La meto en casa y cierro la puerta. Va a despertar a medio vecindario con esos gritos, tampoco es lo que necesito.

Le tapo la boca y cierra los ojos para intentar acompasar su respiración. Veo claramente en sus ojos cuando los abre que piensa que soy un psicópata. Había algo de eso que era cierto, pero tenerla por aquí gritando todas las mañanas podía ser agotador. La bajo al suelo aunque no era consciente de estar manteniéndola en el aire ¿Cuánto medía? Realmente le sacaba bastante.

-De acuerdo

-¿De acuerdo qué? –Me sorprende que no esté sintiendo miedo

-No tocaré a todas horas –Sonríe de oreja a oreja y relaja su expresión tanto que es una chica totalmente distinta. Me pierdo un instante confuso en sus ojos del color de los tréboles, en sus mejillas rojas por el esfuerzo y en el

pelo revuelto del color de las castañas asadas –Pero... -Se tensa casi imperceptiblemente –tengamos una relación cordial, hemos empezado con mal pie

-Sí, vale –Ensancha su sonrisa y me quedo muy quieto mientras abre la puerta y se va. Parece contenta.

Al rato de estar ahí quieto. No sé bien por qué. Bueno sí, es lo único que me ha sacado de mi rutina. Me acerco a su casa tan sigilosamente como atravieso la pared de su cuarto. Está profundamente dormida sobre un montón de almohadas y mantas desordenadas. Tiene una medio sonrisa en la cara. La pierna que cruza una de los cojines está desnuda porque la camiseta se le ha enredado a la altura del vientre. Me quedo ahí parado mirando lo que me parece un juguete nuevo. Se mueve y desaparezco. Al llegar a casa está Cody esperándome y me comenta su extrañeza por pillarme fuera y le contesto la verdad. Que estoy sumamente entretenido con una especie de melodía, los gritos de una loca.

Salimos a cazar de nuevo y me siento increíblemente ágil esa noche. Las luces que atacan en manada salen ennegrecidas en cuanto presentamos pelea. Cody y yo hacemos un equipo casi imparable. Descargo bastante rabia antes de ir al mismísimo centro de calor de la tierra. Me felicitan, como siempre. Me produce amargura saber que eso es todo lo que se espera de mí y que, cuando esperen otra cosa, tampoco estaré dispuesto a dársela y, por fin, se

acabará mi existencia.

Vuelvo a casa y por primera vez en lo que quizá sean meses, o años, el tiempo carece de valor cuando eres prácticamente inmortal, descorro las cortinas de la casa y enciendo algunas luces. Sin darme mucha cuenta de lo que hago me siento en el poyete de la ventana mientras como pasta de un plato. Mi vecina sale de casa bastante arreglada y se monta en ese coche, acorde con su estatura, no con su potencia. Me sale accidentalmente una risa gutural y creo que estoy demasiado alegre para ser yo. Dejo el plato en la mesa más cercana y salgo de casa.

Capítulo 3

SUCESOS

Lorena

El camino hasta casa de mis padres es agradable, tras dormir lo que me parece una barbaridad, pero en realidad es un horario normal, me siento de maravilla. Las carreteras me acogen con tranquilidad y suspiro en cuanto aparco por la tarde en la puerta de mis padres. He salido más tarde de lo que esperaba puesto que he aprovechado la sorprendente tregua de mi vecino. Mi vecino, que tipo tan raro.

Mi madre sale de casa mientras se quita el delantal y sólo espero que haya hecho algo muy de casa, un asado o una paella quizá. Así es, esta mujer no puede decepcionarme. Mi padre, me mira desde el sofá mientras que un equipo de tercera, nada más y nada menos, mete un gol que parece de patio de colegio. Él está feliz con eso, será su equipo, uno de tantos que tiene.

Me pregunto repentina e inconscientemente el por qué de mi mudanza, ah, sí, para escribir. No había hecho nada de eso durante mi corta estancia, pero a partir de mañana me pondría en serio con mi novela en curso. Tampoco es que tuviera que visitar a nadie en mi antiguo pueblo pero, ya que me había comido un viaje tan largo, me quedaría a dormir con mis padres.

El silencio de mi cuarto que, a pesar de haber sido unos días, ya estaba

convertido en un saloncito con mesa de billar y una pantalla de cine, se hace un poco extraño para mí. El sofá de cuero recién estrenado hace que me maree, su olor característico tan poco amortizado me inunda las fosas nasales mientras que, cada vez que intento buscar la postura, rechina bajo mi piel.

A las cinco de la mañana he dormido a intervalos bastantes irregulares y el sudor del mal dormir me ha hecho pegarme al cuero. Un vaso de agua no parece hacer efecto y tengo que ponerme unos pantalones cortos y salir al porche de la casa. El cielo, que ya no es nocturno, me da una falsa paz a la vez que una leve corriente de aire me hace sentir mucho más despejada.

Una mirada hacia la casa me valen para entender que, posiblemente, jamás lo he considerado mi hogar. Me visto y para cuando mis padres se levantan yo estoy preparada para irme. Desayuno con ellos y aunque es cierto que nunca me echarían de allí, parecen aliviados. Parece que prefieren creer que allí donde he ido encontraré amigos que me comprendan.

Cuando me monto en el coche, mi mente discurre sobre esto. No soy una persona extraña, pero en esta ciudad, en la que me crié la mayor parte de mi vida, toda la gente parece estar contaminada y la falsa amistad, no es para mí. Por eso, tal vez, si tenía que salir a algún sitio, conseguía ir con un grupo considerable, pero, si tenía un problema, prefería comérmelo sola. Un Ferrari ensordecedor pasa como un rayo a mi lado y me pone los nervios de punta sacándome de mis pensamientos. La gente conduce como locos. Pienso en mi

vecino momentáneamente. La palabra loco le pega.

Cuando estoy entrando en el pueblo y las vecinas mayores me saludan con la mano mientras paso con el coche hasta mi casa, sonrío. Es una especie de relación que, al menos, sé que es sincera. La casa de mi vecino está, sorprendentemente, a la vista. Nunca había visto las cortinas descorridas y tanta iluminación. Quizá acabara de pasar por una ruptura amorosa y se había enclaustrado temporalmente en una depresión. Nosotros los jóvenes hacíamos cosas absurdas como esa.

Al meterme en casa, me siento realmente extraña. Huele todo muy bien y está todo en su sitio, pero es como si algo en mí me dijera que aquí ha habido alguien. Voy hacia la cocina y reviso, tontamente, la despensa. Está todo como debería estar. No sé vivir sola, me entra la paranoia.

Al poner un pie en mi habitación sé que no está todo como debería estar y sé que no es una obsesión mía. Tengo la sensación de calidez que solo da, en una casa, la convivencia con otra persona. Huele levemente a jabón limpio y fresco que yo sé que jamás he tenido y tampoco mi suavizante, que, además, no debería aguantar el olor con tanta magnitud.

Reviso hasta debajo de la cama porque de verdad que no puedo dejar de pensar que alguien ha estado ahí, pero se habrían llevado algo. No van a entrar a dormir, digo yo. Cuando voy a abrir el armario alguna corriente cierra rotundamente la ventana y me doy media vuelta sobresaltada. Al instante

vuelvo con el armario que está, como no, vacío.

Ya han pasado un par de horas desde que volví y enciendo el ordenador. Debería ponerme a escribir, se supone que para eso estoy aquí. Ese será mi futuro. Idear un mundo tan perfecto en la escritura que me olvide por un momento de donde estoy para meterme en otro sitio descrito con exactitud. Recuerdo haberme quedado, con una sonrisa, describiendo al chico protagonista, que, claramente, debe ser guapo. Cuando termino de describir su pelo rubio y sus grandes ojos verdes, veo escrito en negrita algo que hace que se me revuelvan las entrañas

“Deberías ponerle el pelo moreno y los ojos azules, es más sexy. Quizá le pegue llamarse Adam”

Miro el portátil una y otra vez sin moverme un milímetro del asiento. Pienso en mi vecino, que caigo en no saber cómo se llama, y algo me dice que Adam, pero cómo es posible, cómo ha entrado, cómo ha sabido la contraseña de mi portátil. Intento calmarme porque no es posible. Mucha coincidencia, por otra parte, es que el chico que dice que tengo que describir sea exactamente como él.

Me quedo un instante mirando al techo recordando la primera vez que lo tuve frente a frente. Yo pensaba que me abriría la puerta un viejo cascarrabias que usaba su jubilación incipiente para tocar música y que seguramente era medio sordo. Cuando lo vi me tuve que quedar con cara de póker. Su torso

desnudo tenía demasiados músculos definidos por algo más perfecto que un cincel. Su cara revelaba unos ojos azul marino que parecían divertidos en aquel instante. Su mandíbula cuadrada y dura. Su sonrisa torcida. Ese gesto prepotente.

Estoy atacada cuando consigo ponerme en pie. Quiero respuestas y las voy a tener. Me ducho porque, al fin y al cabo, el agravio ya está hecho. No tengo por qué ir sin cambiarme. Me pongo unos vaqueros claros y una camiseta un tanto larga blanca con el paisaje de Nueva York en azul, las deportivas blancas me hacen dudar pues recuerdo que es bastante más alto que yo, pero me vendría bien estar en zona de confort.

La trenza cola de pez va botando sobre mi camiseta mientras me dirijo a la casa de mi vecino, Y si, después de todo, no hubiera sido él. Tenía que ser él. Toco la puerta y sigo preguntándome por qué cojones no hay un timbre. Espero. No oigo nada al otro lado y se me pasa por la cabeza que puede no estar en casa. Quizá esté en otra casa ajena poniendo cosas en los portátiles de otras escritoras. Estoy perdiendo la cabeza. Ni siquiera creía posible que otra persona de este pueblo tan envejecido tuviera ordenadores.

Me abren la puerta y me quedo muy quieta y, un tanto ridícula, bajo el porche ante la atenta mirada de un tío rubio buenorro que va sin camiseta. Giro hacia la casa de nuevo y ubico la mía a tan solo unos metros. No, no me he equivocado de puerta. Vuelvo a subir los escalones y el chico sigue

mirándome con una sonrisa que se va haciendo más ancha. Mi cara debe ser colosalmente un puzle sin posibilidad de acabarse.

-¿Está Adam? –Quizá debería haberme dado la vuelta pero estoy aquí plantada preguntando por un chico que ni si quiera tengo la certeza de que se llame así. Tampoco sabía que podía haber más de un chico de esas características en esa casa. Recuerdo, vagamente, que mi vecino dijo que vivía solo.

-¿Buscas a Adam? –Me mira como un lunático del póker que sabe que lleva una buena mano –Ha salido un segundo, al súper, en seguida vuelve, pasa.

No estoy muy convencida de que tenga autorización para hacerme pasar, pero, si Adam puede pasar a mi casa y encender mi portátil para inmiscuirse en mis asuntos, no veo nada malo en entrar yo en la suya con invitación.

Nos sentamos en unos sofás bastante modernos de color negro y me pregunta si quiero tomar algo. Asiento sin apenas darme cuenta y me trae un vaso con coca cola. Mi cerebro me grita que no beba nada y que me vaya a casa, pero este chico parece agradable.

-Me llamo Cody, soy muy amigo de Adam –Me tiende la mano y yo la estrecho -¿Decías que eras su vecina? –Asiento –Realmente es un pueblo muy tranquilo, da gusto estar por aquí, quizá me alquile yo también una casa, o quizá ocupo parte de la suya

-Y si lo mandas a él a otra por mí perfecto

Se desternilla en el sofá cuando veo la mirada azul penetrante y escrutadora de Adam desde el marco de la puerta del salón. He decidido dar por supuesto que se llama Adam hace un rato puesto que Cody no me ha sacado del error. Tiene cara de pocos amigos, cosa que no me extraña y me pregunto cuando ha entrado. Juraría que no he oído abrirse la puerta

-¿Qué estáis haciendo aquí? –Mira hacia los dos pero sus ojos se detienen en Cody que se encoge de hombros de forma tranquila como respuesta

-Ha venido a verte tu vecina –Se levanta y se encamina hacia la salida – Yo solo le hacía compañía

Cuando el golpe indica que se ha ido ya no siento que haya sido para nada buena idea haberme quedado un rato en esa casa.

-¿Y tú, habías venido para...?

El silencio se hace palpable en la habitación y me voy incorporando porque me siento muy pequeña. Su cuerpo ha llenado todo el espacio. No creo que sea más corpulento que Cody pero, quizá por su carácter, hace que todo parezca mucho más intimidante.

Se acerca a mí lentamente como quien examina a un animal y me quita el vaso de las manos para dejarlo en la mesa. Me mira a los ojos y por un momento no estoy segura de para lo que he venido aquí.

-¿Cómo has entrado en mi casa? –Opto por ir al grano porque me

empiezan a sudar las manos y mi estómago está contraído por unos nervios que no entiendo -¿Cómo sabías la clave de mi ordenador? -No dice nada y me sigue mirando escrutadoramente -¿Por qué piensas que debería escribir sobre ti, Adam? -Esta pregunta desencadena por fin una reacción y se ríe profundamente. Esa risa ronca y gutural me parece demasiado masculina y tampoco entiendo qué le causa tanta gracia -Realmente me parece que debo darte las gracias -Me fija en su campo de visión expectante -Cody se parece mucho a mi protagonista, si no te hubieras metido en mi ordenador, quizá no tendría tan claro a mi nuevo modelo.

Su expresión se ha vuelto de alguna forma temeraria y decido que doy por concluida la visita. De todas formas no me va a decir nada sobre lo que he venido a averiguar y por alguna razón me parece bien. Al menos sé el nombre de mi vecino para una posible demanda futura.

En mi casa nada más llegar me siento tremendamente inspirada y escribo torsos desnudos, profundos ojos, pelos sedosos, y fragancias masculinas. Escribo sobre mundos paralelos donde todo está equilibrado de una forma mística y especial y me evado por horas en las que se ha ido el sol.

Me siento realizada hoy y pido comida mexicana a domicilio. El chico se resiste a traérmelo porque el reparto acaba en el pueblo de al lado y por poco se va mi buen humor. No importa, voy yo misma. Me quito la camiseta y sin ser demasiado consciente me la acerco a la nariz para que me invada un olor

cuasi reconocido a jabón de ropa limpia y fresca. Lo mismo que en mi habitación al llegar. Sacudo la cabeza y termino de quitarme la ropa. Los pantalones de chándal azul marino y una camiseta blanca de algodón parece ropa, sino adecuada, suficientemente aceptable para un segundo en el coche. Sigo llevando la trenza aunque algo más despeinada pero es irrelevante. Sólo quiero comida mexicana y tampoco creo que en este pueblo fantasma mucha gente me vaya a ver llegar hasta el coche.

Nada más quedarme al lado de la puerta, evidentemente equivocado, me doy cuenta de dos cosas. La primera, me he dejado las llaves de casa dentro. La segunda, el jardín de mi vecino está inusualmente lleno de gente vestida de manera extravagante, mayoritariamente de cuero, que parecen haber salido de algún casting de modelos.

Me doy prisa y me escondo, absurdamente, en el lateral de la casa contrario al césped de mi vecino. Me asomo un poco con la respiración entrecortada y odio absolutamente la elección de mi vestimenta. Resulta que mis dos únicas opciones son; Ir a casa de mis padres donde, erróneamente dejé una copia de las llaves; O preguntarle a mi vecino si puede volver a hacer lo que quiera que hiciera para colarse en mi casa.

-¿Qué hacemos aquí? –Me sobresalto tanto que pego un bote y un grito mientras atónita veo a Cody a mi lado haciendo como que él también se esconde

-Que susto me has dado –Me pongo la mano en el pecho asegurándome de que no me ha dado un infarto y me giro hacia mi nuevo acompañante de momento absurdo -¿De dónde ha salido toda esa gente? ¿Son vuestros amigos? ¿Tardarán mucho en irse?

-Cuantas preguntas señorita, mejor contéstame tú a una. ¿Qué haces aquí escondida? –Tiene la sonrisa de bonachón que, al parecer, tanto le caracteriza

-Es una larga historia –Sigo mirando entre el gentío y no localizo a Adam, aunque no estoy segura de querer encontrarlo. ¿Esa tía lleva un vestido rojo de cuero? ¿Cómo puede quedarle bien eso?

-Tengo toda la eternidad –Qué exagerado es este hombre pero parece dispuesto a ayudar

-Me he dejado las llaves de casa dentro. Tu amigo sabe entrar aunque no se cómo, pero ya lo ha hecho antes –levanta las cejas en modo interrogante - Necesito que me ayude

-Esto se pone interesante

Me coge la mano y me mira con una alegría que de verdad no entiendo y casi me preocupa. Estos son psicópatas de serie. Me coge la goma del pelo y tira de ella suavemente. Por instinto aunque no dice nada me destrenzo.

-Todo se arregla si llevas cuero

Se quita la chaqueta y me la da. Para mí que sigo igual de poco apropiada pero fuere como fuere solo tengo la opción de seguir aquí escondida o

acompañarle. Voy andando a su lado y la gente parece no reparar en mí. Quizá el cuero me hace invisible. Entramos en la casa y me ofrece un vaso de coca cola. Cody empieza a parecerme genial por momentos. Habla de cosas absurdas y yo me río inconsciente del tiempo que pasa. La gente aquí es un poco extraña y cuando alguien me mira retira la mirada rápidamente. Muchas parejas se lían de una forma que me hace sentir incómoda pero intento no pensar en ello. Adam. Veo de repente a Adam o él me ve a mí, no estoy segura de la correlación de hechos. Parece sorprendido y enfadado. Me planteo vagamente la posibilidad de que sea porque es la segunda vez que estoy en el sofá de su casa tomando un refresco y ninguna de ellas me haya dado invitación para ello. Al fin y al cabo, es su casa.

-¿Qué hace ella aquí? –Me señala como quien indica un bicho molesto en la pared y juraría que quiere matar a Cody. Eso último, me intimida.

-En realidad ella está esperando para que te cueles en su casa –Dicho así, me hace bajar estrepitosamente el vaso del que estaba bebiendo y que el hielo me salpique la coca cola en la cara. Genial –Dice que ya lo has hecho antes ¿no es eso genial? Digo, considerando que se ha quedado fuera de su casa, sin llaves

-¿Nos disculpas un momento? –Me da la mano y yo dejo el refresco para seguirle aunque no sé qué otra cosa puedo hacer en este momento. Le sigo escaleras arriba y acabo encerrada en algo que parece una biblioteca. Esto ha

sido un error. Ahora va y me mata. -¿Por qué llevas la chaqueta de Cody? –No puedo creer que me pregunte eso de forma tan seria. Lo suyo es que habláramos de su habilidad, por llamarlo de alguna forma, de meterse en mi casa -¿Por qué piensas que puedo meterme en tu casa si te has dejado las llaves dentro? La última vez tenías una ventana abierta, la de tu cuarto para ser exactos.

Me quedo muy pensativa ante esa revelación. No sé qué pensaba que había hecho el chico. Quizá había esperado, cínicamente, que pudiera abrirla con una radiografía o algo por el estilo. Me giro hacia la ventana porque, en parte, estoy avergonzada. Por todo. Cuando vuelvo a girarme está la chica del vestido rojo de cuero con una mano sobre la nuca de Adam. Cuándo ha entrado es una buena pregunta. La puerta no se ha abierto. No ha dado tiempo ¿No? No ha habido ruido ¿O sí? Las preguntas se agolpan en mi mente de un modo bastante absurdo y decido que estoy cansada y que tengo que conducir cuatro horas hasta casa de mis padres. No me entra más flojera porque ella esté pegándose de ese modo a mi vecino. Bueno sí, pero porque es una situación incómoda.

-¿Qué es ella, cariño? –La muy embutida señorita ha preguntado que qué soy y yo seguramente me he quedado boquiabierto por un segundo

-Un perro, ¿no me ves? –Los ojos le brillan a la chica un instante que parecen echar fuego y parece divertida, como si de repente entendiera algo

que estaba intentando averiguar

-Ya veo

Sale de la habitación por la puerta y me fijo claramente en el ruido que hace esa dichosa puerta y que antes no ha hecho. Hace demasiado calor concentrado y pienso que me ha entrado una rabia tremenda al oírla insinuar que era qué, un animal o algo así. Que ha sido un insulto, está más que claro. Adam me mira muy serio desde al lado de la puerta. Parece evaluar un problema, sus dimensiones y sus posibles soluciones. Tampoco es para tanto que me haya dejado las llaves. Voy a ir a buscar a Cody abajo porque seguro que me da una ayuda más apropiada o al menos, me reiré.

Echo a andar hacia la puerta pero un chico, vestido de cuero gris, con el pelo castaño, atraviesa la puerta. Al verme se queda pensando y yo no digo nada. Parece pensar algo, mira a Adam. Dicen algo que no entiendo. Él vuelve a atravesar la puerta.

Busco los ojos de Adam. Busco alguna explicación lógica y racional que no creo que haya. Pienso que están locos y que son expertos en acciones especiales. Pienso que esto es una broma de mal gusto y se han pasado de la raya.

-¡Ey, Lorena! –Cody entra tranquilamente por la puerta y me hace dudar de lo que acabo de creer ver –He conseguido abrir la puerta de tu casa con una navaja y una radiografía –Me siento aliviada y le acompaño colgándome un

poco de su brazo. Quizá porque estoy mareada. Adam nos mira sin moverse de donde está

Capítulo 4

LA REVELACIÓN

Adam

Yo sé que lo ha visto. Lo he notado en sus ojos. Una sorpresa, un uso imperativo de la lógica y la negación absoluta. Es una chica inteligente. El temblor de su mano al colgarse del brazo de Cody, acción que por otra parte, no llegaba a entender, la delataba.

Espero tras la cortina de mi habitación mientras la veo entrar a casa. Cody no se hace de esperar

-¿Y?

-¿Por qué la has traído, Cody? –Suspiro pesadamente porque ella tenía que ser mi juguete, no el nuestro. Y tampoco tenía que pensar que era algo fuera de lo común, aunque lo fuese.

-¿Por qué te cuelas en su casa? –Se ríe. El cabrón, se ríe

Le tiro por la ventana antes de pensarlo. Me da un puñetazo en la mandíbula y éste sí duele. Le pateo la cabeza mientras se retuerce hacia atrás para que no le alcance. Le alcanza de refilón. Se sube al tejado de un salto de una forma bastante elegante y le sigo.

-¿Y ahora qué hacemos con ella? –Le pregunto mientras le atesto un puñetazo en las costillas y se dobla hacia delante al dar una voltereta para

ponerse de nuevo en pie

-Nada con ella, pensará que le he echado algo en la bebida o que está cansada. Ya tiene que tener imaginación para llegar a pensar algo acerca de nosotros

Me pilla un poco desprevenido y como un toro me tira sobre la espalda sobre las tejas rojas de mi casa. Me agarra el jersey con fuerza y tengo que impulsarle con mis piernas hacia en sus hombros. Los dos nos ponemos en pie de nuevo y nos miramos en posición cero de combate.

Algo nos paraliza de pronto. Hay tejas rompiéndose, las oigo sobre el suelo al caer. Pero no son las de mi casa. Al mirar a la casa de Lorena, que sé que se llama así por el idiota de Cody porque no se me había ocurrido preguntarle su nombre, sí cotillear su ordenador, veo que está a punto de caerse hacia el suelo y está agarrada a una teja. Supongo que nos ha visto pelear. Aunque la pregunta es por qué estaba en el tejado.

Me balanceo suavemente y llego de un salto rastreador hasta su altura. Me mira y se asusta, pero no se suelta, me sorprende su entereza. Le extiendo la mano en señal de ofrecimiento y acepta para mi absoluto desconcierto. La levanto con cuidado y nos quedamos así, mirándonos infinitamente. Sus dos tréboles me miran cautelosamente como si tuviera una especie de mezcla entre temor y fascinación. El aire ha empezado a soplar y a pegarle la camiseta blanca al pecho agitado y, aunque dudo que nadie nos vea a estas horas,

deberíamos bajar de ahí. La guío de la mano por la escotilla, justo por la que habría subido para ver la pelea entre dos tíos tan poco humanos, y ella se deja.

Llegamos al piso de abajo y me planteo que esté en shock, porque no hace nada de nada. Me suelta la mano y va a la cocina. Saca de un armario unas pastillas que son anticonceptivos y si es una insinuación, su cara no dice lo mismo. Tira la caja a la basura. Abre el frigo y empiezo a apoyarme en la pared para ver el espectáculo. Coge varias latas de cerveza y las tira a la basura. Abre una puerta de lo que parece una despensa y tira casi todo lo que contiene psicoactivos.

Pienso que no va a hacer nada más que me sorprenda y de repente, se empieza a desnudar. Aquí sí que me descoloco. Se quita la chaqueta de cuero de Cody que nunca debería haber llevado y la deja en una silla de madera cercana. Las deportivas blancas vuelan desde sus pies hasta algún punto lejano del pasillo. Los pantalones, deportivos, caen al suelo dejando ver unas piernas bronceadas y definidas que, desde los tobillos hasta el bajo de la camiseta invitan a hacer cosas de naturaleza dudosa.

Sale por mi lado hacia su habitación y se mete en la cama. Voy hasta su marco y me quedo ahí un rato. Ella me mira de vez en cuando hasta que decido hacerme invisible. Sigue mirando por la habitación un rato y, finalmente, se duerme. Reaparezco y decido hacer algo inusual. La arropo con el edredón que en algún momento había caído al suelo.

Enciendo su portátil y borro la información que había añadido en su novela. La miro y voy hacia la cocina. Saco la cosas de la basura que, gracias a dios, qué irónico este pensamiento mío sobre dios, solo lleva lo que acaba de tirar, y las coloco donde debían estar.

Salgo de la casa con el pensamiento de no volver a llamar la atención por un tiempo. Puedo hacerlo. He estado sin ninguna diversión, y menos de este tipo, durante muchísimos años.

Al abrir los ojos no sé qué hora es. Mi cuerpo me pide que siga durmiendo pero el piano me invita a tocar. Lo hago desde la cama durante un rato. Me duele la cabeza. Sigo tocando y subiendo el volumen. La música me calma. Cuando muera sonarán estas piezas y alcanzaré la nada, la paz que lo llaman los humanos.

-¡Vamos no me jodas! -Me sobresalto torpemente y me caigo de la cama. Qué cojones. Miro hacia la esquina de mi habitación y Lorena está sentada en una silla –Con razón tocabas a todas horas ¡Y sin moverte de la cama! ¿Te parece, siquiera, justo?

Se acerca a mí con un carácter totalmente amenazador y pone un dedo acusador sobre mi torso desnudo. Su pelo está revuelto pero lavado de esta mañana. Huele a lavanda y lleva una blusa blanca que le da un aspecto impecable. Le aparto el dedo. No soporto que me toquen amenazadoramente cuando no hay una sola posibilidad de que me gane. Lo noto un gesto estúpido.

Le sonrío. No sé por qué lo hago, pero es inevitable que me haga gracia esta situación. Parece casi sacada de alguna estúpida novela de ficción en la que un vampiro le revela a la humana lo que es. Bueno, vamos a intentarlo

-¿Cómo piensas que lo hago?

Sus ojos se vuelven de un turbio sexy y noto que por un momento se ha planteado la connotación sexual de la pregunta. Me divierto tanto con esta situación.

-No lo sé, pero no me vengas a decir chorradas de las que yo misma escribo, en plan “no soy humano” o algo así

-Ya te dije que escribías sobre mí, muñeca

-Muñeca tu abuela –Me golpea la mandíbula y reconozco que tiene fuerza, más diría yo que el otro día, pero sigue sin ser relevante

La cojo de las muñecas y la tumbo en mi cama. Algo la hace no moverse y sus ojos son verdes con la profundidad de las trenzas del Amazonas brillan un poco bajo mi peso. No sé si me decepciona o me excita que no intente defenderse. Muevo las caderas presionando un poco en su bajo vientre y ahí por fin noto su reacción. Aunque no es la resistencia que esperaba, es un gemido bajo muy parecido a un suspiro.

Alguien toca a la puerta y nos levantamos. Bajamos tranquilamente las escaleras y realmente no me lo esperaba. No está haciendo ninguna estupidez. Es Cody. Ante su tranquilidad absoluta, quitando un poco de nerviosismo en

la elevación de su pecho, empezamos a barajar las opciones mentalmente mientras nos miramos evaluando la situación. Y de repente. No está.

Pasa por debajo del brazo de Cody y sale corriendo. Se monta en su coche. Ahí está la estupidez que se ha hecho de esperar. Arranca y aunque lo intentamos, no podemos rastrear hasta su coche. Mierda. Nos montamos en el coche de Cody y tras pelearnos por quién conduce dejo que se ponga al volante con tal de salir ya. Conduce como una puta loca. Esta ha visto mucho fast and furious. Tiene que ser fan de Dominic Toretto seguro. Cómo ha cogido esa curva así. No nos interesa que los radares la detecten. La persecución se está alargando y me pregunto hacia dónde vamos.

Modera su velocidad cuando pasamos un cartel que indica controles y ya no vuelve a aumentarla. Cody y yo nos miramos y la seguimos con una mezcla de diversión y preocupación más que evidente. Empieza a indicarnos incluso su dirección con los intermitentes a tiempo y esto se convierte en un viaje en caravana en la que dos hombres que pueden rastrear se pasan cuatro horas en coche.

Al llegar a una ciudad no muy grande, o quizá un pueblo grande, no lo sé con exactitud, aparca el coche y baja tranquilamente. Lo hacemos también nosotros y nos mira con cautela. El movimiento de su mano indica que la sigamos y aunque vamos tras ella yo estoy por preguntarle si está bien de la cabeza o se ha quedado tocada. También estaría bien que nos dijera dónde y

para qué nos ha traído. Quizá hemos sido paranoicos y la hemos seguido porque sí. Se detiene junto a la puerta que acaba de tocar y la abre una mujer impecable con un delantal de limones peculiar.

-Hola mamá, hemos venido unos amigos y yo a desayunar ¿no te importa, verdad? –La abraza y yo decido que se ha quedado fuera de onda fijo pero tampoco sé qué puedo hacer que no sea entrar a desayunar

-Encantado señora –Cody se mueve como pez en el agua y parece que incluso la madre le da la aprobación con la cabeza

Entramos y me fijo en el hombre que está sentado en el sofá viendo el fútbol. Solo eleva la mano a modo de saludo y no me cuadra demasiado la actitud tan diferente de ambos padres. La cocina es amplia y está limpia. Sobre la mesa hay varios bollos de vainilla recién hechos y acepto la invitación de coger un trozo junto una taza de chocolate.

-¿Y de qué os conocéis, querida? –Me tenso inevitablemente esperando la respuesta de Lorena que por un momento tan solo dilata sus pupilas

-Son mis vecinos, me han acompañado amablemente para ayudarme a cargar las cosas que me faltaban -¿Enserio?

-Son muy guapos –Se sonroja y me da una satisfacción infantil que hace que levante un poco la cabeza como si fuera un pavo real orgulloso

Se levanta y se pone a ayudar a su madre para salir después hacia su habitación, según dice, para recoger las cosas que se quiere llevar. Cuando

nos dejan solos de nuevo Cody empieza a descojonarse

-No sé de qué cojones te ríes Cody

-La chica tiene su gracia. Estamos en casa de sus padres

-Es que no lo entiendo –Me paso la mano por el pelo y empieza a entrarme algo parecido a la ira. Soy de esos que o está muy tranquilo o explota

–Si piensa que no somos normales por qué nos trae con sus seres queridos

Un ruido detiene nuestra conversación. Baja las escaleras de dos en dos cargada de cajas. Las va dejando encima de la mesa de la cocina y sube a por más. A los cinco viajes se detiene limpiándose el sudor brillante de la frente con el filo de la camiseta y nos mira calibrando.

-Cogerlas y llevarlas al coche, yo voy ahora mismo

Cody y yo nos miramos y en silencio sabemos lo que vamos a hacer. Él se irá con las cosas de mi vecina y yo intentaré ver de qué palo cojea esta actitud. Cuando nos montamos en su coche siento que es muy pequeño. Ella enciende la música y a los cinco minutos, harto de mirar por la ventana, la apago y me dedico a fijarme en ella

-¿Esperabas otra cosa? –Cambia de marcha echándome una ojeada

-¿Otra cosa distinta a que nos trajeras a desayunar a casa de tu madre? Sí

-No estoy loca pero tampoco significa que vaya a creer algún cuento de los que me quieras contar –Mi cara debe ser un cuadro y aclarando su voz expone las ideas de un modo tan lógico que se hace complicado refutárselo –

He estado buscando en internet ¿vale? Sumado a que he estudiado sociología puedo decirte que es normal que, tras ver tantas series y libros juveniles sobre seres paranormales, queráis ser como ellos –Esto se pone interesante por segundos –El aspecto así como de malotes lo tenéis, está bien. Y os curráis lo de hacer cosas extrañas, pero agradecería que al menos en mi presencia evitarais hacer cosas que luego me rallan

-¿Qué te ralla? –Le acaricio la mano suavemente y ella para en el arcén.

Sus ojos son dos vidrieras

Creo leer en sus labios un “tú” mientras que un estrepitoso claxon se nos abalanza encima para dar al maletero del coche con fuerza. Le cojo la mano y rastreo hasta su cocina. No sé muy bien por qué hasta ahí.

Su cara es un poema. Parece debatirse entre la lógica y la imposibilidad de una explicación para habernos ahorrados tantos kilómetros en un abrir y cerrar de ojos. Necesito que permanezca tranquila. Lo último que me apetece es una histeria repentina.

-Vale, vamos a hacer como que caigo en tu juego, ¿Qué eres?

-Un demonio

-Vale, maravilloso, fuera de mi casa

-No

En algún momento ha debido coger un cuchillo de la encimera. Se abalanza sobre mí y la duda me cuesta un rasguño en el pecho. La sostengo por

las muñecas y me pega una patada en los huevos. Por muy demonio que sea eso duele, y mucho. La suelto momentáneamente y sale por la ventana del bajo. Empieza a gritar y me toca cogerla de la cintura y rastrear de nuevo a la cocina varias veces. No se calma y se empeña en gritar que solo soy un loco. Cody aparece al rato y nos toca darle un narcótico para hacerla dormir.

Una vez colocada en el sofá sólo podemos hacer una cosa. Convencerla de lo que somos y que no corre peligro. Quizá podría aprovechar la verdad para escribir una novela que la gente imaginara de ficción.

Las veces que se ha despertado, las cinco, nos ha atacado y llamado psicópatas. No tengo más remedio que llevarla a un lugar donde nadie la escuche. Le he dicho a Cody que yo me encargaba y se ha ido bastante tranquilo. Debe pensar que si no consigo callarla la mataré sin problemas, y no debería estar en lo incorrecto. La ato con suavidad con unos pañuelos que encuentro merodeando por su habitación y me voy a la ducha. Presiento que mañana va a ser un día sino duro, diferente.

Cuando tocan al timbre, y justo antes de adoptar la forma del viejecito que lo agentes conocieron como “el vecino”, la miro todavía dormida en el sofá. Sus bonitos iris no me miran y su cara expresa la amabilidad típica de quien está teniendo un buen sueño. Rozo con la yema de mis dedos el contorno de su mandíbula y pego un puñetazo a la pared. Ya está todo decidido.

CAPÍTULO 5

EL MANICOMIO

Lorena

Me duele la cabeza cuando me despierto. Me noto inusualmente tensa y me palpitan las muñecas como si no corriera de forma correcta la sangre por mi cuerpo. Tengo la nuca echada hacia delante como cuando te despiertas borracha contra una valla en mitad de un festival. Elevo la vista poco a poco y me encuentro en una situación totalmente inesperada.

La habitación es totalmente blanca tanto es sus paredes como en el suelo y en el techo. No se ve relieve o abertura alguna. Sé donde estoy. He venido antes, en la facultad. Estoy en una habitación para gente fuera de sí y peligrosa. Como ya sé antes de mirar a confirmar tengo ambas manos atadas aunque no me presionan realmente. También estoy sujeta por la cintura y por ambos pies. Esto es demasiado. Cierro los ojos varios segundos como esperando despertar de este mal sueño. Nada. Vale, es real. Por qué he acabado yo aquí. No soy yo la loca. No recuerdo exactamente qué pasó pero lo que si tengo claro es que varios psicópatas me querían hacer creer algo totalmente inaudito. Demonios, ya sí, claro.

En alguna de las paredes debe haber oculta una gran cristalera por la que me observan unos científicos que en realidad ya tienen apuntado en las libretas

que estoy fatal de lo mío. Genial. También anotaran cosas absurdas como “representa un cuadro nervioso” o “siente que la observan aunque es imposible que tenga conocimiento de la cristalera separatista”. Por un momento me detengo dubitativa, no sé quién sabrá que estoy aquí. Mis padres no ¿Si quiera ellos saben que yo estudié sociología? ¿Quién les llamó?

Como si de un muy buen truco de magia saliera aparece en la esquina Adam. Tiene el semblante serio y se lleva una mano a la boca en señal de silencio. Evidentemente no le voy a hacer caso a un tío que, posiblemente debido a su trastorno, está aquí para matarme

-¡Está aquí! ¡Es un psicópata! ¡Soltarme! ¡Ayuda! –Nadie viene a socorrerme

-Deberías ver lo que estás provocando que apunten con esos gritos –Me paraliza sin poder remediarlo. Mis ojos, llorosos, rastrean la habitación hacia donde supongo que se encuentran mis opresores para después posarse en el único vecino al que jamás debí ir a pedir que parase de tocar. Podría haberme puesto spotify muy alto en los casos inalámbricos que posiblemente jamás volveré a tener puestos. –No tiene por qué ser así. Puedes dejar de gritar. Escucharme. Entender lo que tienes que hacer y yo te sacaré de aquí

-Claro que sí. Como que aunque quisiera ¡Que no quiero! Ellos te iban a dejar cogirme y llevarme como si nada

-Ellos aquí no son más que títeres. Puedo hacer totalmente oblicuos todos

sus recuerdos. Puedo borrar tu historial. Puedo hacer, en realidad, casi cualquier cosa que se te ocurra –Se ríe con suficiencia y yo me encuentro muy cansada de intentar que la lógica venza. Ellos deberían estar viendo que él está aquí, que estamos hablando. Deberían sacarme y meterlo a él. Por qué no lo hacen es el hecho primario que más me está costando ordenar en la sucesión lógica que intento hacer en mi razonamiento deductivo. –Tienes razón, ellos deberían darse cuenta. No, no te leo la mente. Es por lo que dice tu cara. Es muy expresiva

-Estás loco, seas lo que seas –No es que de mi brazo a torcer sobre creerle pero estoy bastante confusa estando aquí. Tengo hambre, además. –Vete al infierno

Se ríe. Pero no como las otras veces. Esta vez es una carcajada amplia que dura varios minutos y casi se hace contagiosa a pesar de la absurda situación. Se parte, literalmente apoyado en la pared como si tuviera que aguantarse las entrañas para no perderlas del descojone.

-Eso ha tenido gracia, muñeca –Aparto la vista de sus penetrantes ojos y sus espesas pestañas –Podría ir al infierno, ahora mismo de hecho si quisiera. Pero estoy más entretenido aquí contigo ¿Por qué no aceptas ya lo que soy y nos vamos?

-Vete –Quizá no es lo más inteligente que podría decir pero necesito tiempo para intentar asimilar lo que me está diciendo. No soy como esas de

los libros románticos paranormales que enseguida lo aceptan todo porque sé que no es posible. Pero, por otra parte, si todo esto forma parte de un súper truco a lo Ahora me ves, la película, me podría venir bien para salir. En realidad es que no creo tener ninguna otra opción más que pudrirme aquí por tiempo indefinido. Él me mira como esperando a que diga algo más que no llega a mi garganta hasta mucho después. –Digamos que te creo...que no es el caso... ¿Se te puede convocar? ¿Llamándote o algo así? –Se ríe de nuevo, en mi puta cara.

-Claro muñeca. Sólo susurra mi nombre

Se pega a mí de una manera casi sexual y después desaparece dejándome demasiado sola y vacía. Dejo caer mi cabeza hacia el suelo y oigo alguna gota desesperante que cae en algún lugar cerca de aquí. Miro las esposas, acolchadas y todo lo que tú quieras, pero esposas, que me retienen sin posibilidad de salir.

Han debido de pasar bastantes horas porque he dormido varias veces. No hay rastro de nadie. Ni del supuesto demonio, ni del idiota de su amigo, ni mis padres, ni un médico ¿Y si ni si quiera estoy en un verdadero manicomio? Eso tendría algo de sentido. Ellos, como locos expertos en crear situaciones que parecen paranormales, podrían haber recreado una habitación como esta en su casa para poder aparecer cuando les convenga. Bueno, desde aquí no puedo hacer nada y tampoco creo estar a salvo así que, solo puedo hacer una cosa.

-Adam... -Es un susurro muy leve porque incluso me escuece la garganta aunque esto tarda normalmente días en ocurrir. Cuando estudiamos secuestros y sociopatía nos enteramos de información “tan útil” como esta.

Aparece de la nada. Tal y como hizo la última vez pero recostado contra la pared. Lleva la misma ropa y parece más mayor. Luce el pelo revuelto y parece cansado. Tiene una incipiente barba que sombrea todo el masculino contorno de su cuadrada mandíbula.

-Vale sácame –Sus ojos parecen algo divertidos ahora

-¿Y si ahora no quiero? –Se incorpora con gracilidad

-¿Me estás tomando el pelo?

-No, lo tienes bastante sucio después de tres días

-Pues tú luces un aspecto increíble –Espero que note la ironía porque creo que no he puesto el tono correcto. Quizá porque estoy enferma y me parece tremendamente sexy su desaliño –Perdona ¿has dicho tres días?

-Te ha costado reflexionar más de lo que esperaba –Se rasca la nuca y se pasa la mano por el pelo de forma nerviosa –Casi me estabas por dar pena y sacarte a ratos. Pero, ya ves, me he aguantado –Se está burlando abiertamente de mí –Ahora te voy a explicar lo que vamos a hacer y no hay ninguna objeción o posibilidad de cambio, te lo advierto. –Asiento – Voy a sacarte de aquí. Para ello me voy a acercar a ti –Lo hace y mis ojos quedan a la altura de su barbilla. Sus manos rozan levemente mi cadera y creo que he dejado de

respirar con regularidad –Vamos a aparecer en tu casa. No gritarás. No huirás. Y no me atacarás. Te dejaré ducharte y cambiarte sola. Y luego te sentarás a escucharme en el sofá de tu precioso salón sin ningún tipo de escándalo. – Asiento sin mucha convicción o conciencia –Lorena, no te voy a hacer daño. – Mueve su pulgar en círculos sobre el hueso de mi cadera –Y sé que no me crees ni creerás nada de lo que te voy a contar.

El agarre salvaje con sus brazos me sorprende. Giro en una especie de espiral repentina y caigo en el sofá de mi casa tal y como había explicado. Está mullido y solo me quedo ahí quieta invadida por la familiaridad y la creciente tranquilidad mientras le veo señalar con una mano hacia la ducha e irse por la puerta principal de mi casa.

Realmente me ha dejado sola esperando ¿qué? Quizá que sea lo bastante dócil para hacer lo que me ha dicho y luego esperar a que vuelva a contarme la trama de algo que no voy a ser capaz de asimilar. La verdad es que no reconozco estos trucos como algo factible, pero tampoco lo es seguro lo que va a plantearme. Estoy cansada. Sucia. Y tengo hambre.

Así que actúo por un momento como si todo este absurdo fuera normal y me voy a la ducha. El agua corre de un color grisáceo con rapidez hacia el desagüe mientras lloro con algo parecido a la rabia. Me fui del pueblo para evitar a la gente, para no tener problemas, para sentir a través de mi escritura que encontraba mi lugar. Nunca he encajado bien. Años atrás era algo distinto.

Mi padre, al menos, me comprendía y apoyaba. Siempre jugábamos a inventar historias que yo un día decidí empezar a plasmar sobre cuadernos en mi cuarto y a darles forma. Tras una noche en la que le conté un cuento propio muy completo y exhaustivo en los detalles, me felicitó y no volvió a comunicarse conmigo del mismo modo. Se encerró en sí mismo frente al televisor y ni mi madre ni yo pudimos sacarlo de ese apasionamiento por los deportes y ese desinterés por la familia.

Cuando, a veces, triste le pregunto a mi madre si fue por algo que yo le dije en el cuento me acaricia la cabeza como cuando era una niña y me repite mil veces que no tiene nada que ver. Que los doctores dijeron que fue alguna clase de impacto cerebral que tuvo que dañarle mientras dormía.

Al principio, manteníamos la esperanza de que volviera a ser como antes. Luego, los doctores aseguraron que todo en él estaba en orden y que si había cambiado su forma de actuar o sus aficiones era algo normal cuando las personas llegaban a su jubilación.

Unos leves golpes en la puerta me sacan de los tristes pensamientos en los que he quedado sumergida. Cierro el agua y salgo envolviéndome en una toalla. Más golpes. No es que no quiera abrir, es que por un momento ni si quiera me siento con fuerzas de hacerlo. Sin querer he ido formando una idea en mi cabeza mientras desenredo mi pelo con una mascarilla y un peine. Cuando escribo cambio mi realidad. Me hago daño a mí misma. No volveré a

hacerlo.

La puerta se desencaja con una contundencia y precisión que me sorprendería en cualquier otra circunstancia. Los dos zafiros de Adam me atraviesan de arriba abajo y casi parece aliviado como si pensara que hubiera sido capaz de hacer alguna estupidez. Tampoco habría sido tan sorprendente, pero por alguna extraña razón hasta las situaciones más inusuales y aterradoras no son capaces de empujarme a perder mi vida. Suena irónico, quizá para mí misma, que aún cuando pienso que no encajo en ningún lugar mi vida sea tan importante para mí.

Pasa la mano por su melena mientras yo aprieto con fuerza la toalla contra el pecho como si fuera una barrera de protección que impediría cualquier tipo de ataque. Quizá si debí abrirle la puerta. Bueno, en realidad, quizá no debería haber ido a tocar a la suya nunca.

-Debo confesarte una cosa...Ven cuando termines al salón –Vuelve a encajar la puerta y yo me miro en el espejo. Me devuelve mi silueta un poco más magullada que de costumbre.

Termino de vestirme con algo cómodo que Adam debe haber traído porque yo no recuerdo haberlo hecho. Incluso los pantalones del pijama de seda se me hacen pesados sobre las piernas cansadas que hacía casi tres días que no posaba en el suelo. Al tirar mi melena hacia atrás para hacerme una coleta baja, me pregunto si es posible que haya una explicación en todo lo que

me quiere hacer creer. Por un momento, y aunque suene absurdo, me planteo la remota posibilidad de que sea algo que pensaba que no existía. Al fin y al cabo, si escribimos sobre ello es porque tenemos ideas preconcebidas que de algún sitio han debido de salir. Es como la vieja teoría de que no aprendemos sino que recordamos ideas innatas que hay en nosotros.

En los razonamientos deductivos, que tantas veces hice en la universidad, nos explicaban que debíamos escuchar atentamente el desarrollo de las ideas que nos planteaban antes de refutarlas con argumentos más que dignos de ser verdaderos. Eso haría.

Al poner un pie en el salón lo veo junto a la ventana que hay cerca del marco de la cocina y se da la vuelta para verme. Sus ojos están diferentes. Casi me atrevería a decir que atormentados. Me da paso hasta el sofá y se sienta en la mesita de café caoba que hay enfrente. Sus rodillas tocan las mías y me coge las manos antes de respirar de manera profunda como si necesitara convencerse él mismo de lo que va a contarme. Su mirada se posa en la mía con una fijeza inusual y penetrante. El silencio nos invade a ambos y su concentración empieza a abrumarme. El hecho de que empiece a hablarme como si todo debiera quedarse en un susurro hace que se erice mi cuerpo al son del movimiento lento y firme de su boca

-Lorena, todo esto nunca debió ser así. Tú no debías entrar en mi mundo. No debías tener nada que ver con nosotros. Y menos deberías pensar que estás

loca, porque lo estás pensando aunque intentes ser racional. Por eso, no volverás a sufrir pensando en qué es real y qué no. Cuando me vaya por esa puerta, no recordarás todos los sucesos extraños que crees haber visto. Tan solo pensarás que hace unas semanas que te mudaste y que unos vecinos que por suerte se fueron a una hermandad cercana te gastaron una broma de mal gusto. Ahora, tienes unos nuevos vecinos que no conoces y que las dos veces que has ido a presentarte no te han abierto la puerta. Sospechas que son antipáticos y bastante nocturnos y no casan contigo. También has pensado en hacer un viaje para evadirte y coger ideas para el libro sobre vampiros, seres inexistentes por otra parte, que estás escribiendo.

Las espesas pestañas del chico que tengo delante caen por primera vez desde que empezó su retahíla y me siento muy cansada. Los ojos se me cierran un poco y noto borrosa la visión que intento mantener firme y no consigo. Veo las botas de cuero dirigirse hacia la puerta. Hacia el adiós. Algo desde el fondo de mí misma me invita a dormir profundamente y perderme en la espiral de los sueños. Cuando todo se torna negro, se hace lúcida en mi cabeza con demasiada intensidad la imagen de Adam. Registro su mirada, su boca, su mandíbula fuerte y apretada. Se va desvaneciendo. Tengo miedo, un miedo desconocido hasta ahora a la pérdida de algo que no es mío, de algo que tal vez estaba a punto de creerme. Ya no está ¿Quién? ¿Quién no está? Todo es negro. Todo es la caída en un profundo sueño.

CAPÍTULO 6

MUNDO ADENTRO

Adam

Ha sido complicado tomar esa decisión. Ir viendo como se le tornaban los ojos de confusión a medida que le iba hablando. Casi me ha hecho dudar de querer borrarle todos los recuerdos. Cuando iba hacia la puerta, me sentí culpable por primera vez en mucho tiempo en mi larga existencia. Agito la cabeza en forma de negación mientras me miro en el espejo y me veo inusualmente cansado. Respiro hondo y me dispongo a olvidar y a sumirme en un réquiem mental de esos que me acompañaban hasta tan solo unos pocos días en los que tuvo que llegar una vecina a tocar a mi puerta con esa actitud tan prometedora.

Rastreo hasta el mismísimo infierno. En el último escalón donde solo podemos entrar los demonios superiores encuentro enseguida a Cody que alza las cejas a modo de interrogación. Asiento con la cabeza y parece deshacerse mentalmente de ideas que pudiera tener sobre ella. No me gustaba el modo en que la ayudaba riéndose siempre o le ofrecía sentarse en mi sofá. Rem se acerca a mí y golpea amistosamente mi espalda. Hablamos bravuconamente sobre unas cuantas peleas que ha tenido con ángeles mientras yo andaba “perdido” y me agradece entre carcajadas que le dejara tener algo de

protagonismo. El señor del inframundo suele preferir mandarme a la cabeza de las operaciones.

Aparece con la Parca a su lado, sólo unos pocos privilegiados sabemos que ella es una mujer y es la “esposa” del mandamás de aquí abajo.

-Tengo un problema. Y mis problemas son también vuestros –Asentimos.- Ese gordo hijo de puta no ha querido renovar nuestro acuerdo. Quiere que sus dichosos bichos con alas tengan prioridad sobre los humanos porque dice que así lo quieren ellos mismos. Que le rezan –Se descojona –Le rezan porque no sabe lo que él mismo les hace. Pero bueno, ese no es el caso que nos ocupa. Están matando esbirros y él niega que sea obra de sus ángeles. No quiero una guerra abierta pero quiero frenar a esos idiotas con prepotencia solo por estar en un sitio donde no hace calor. Nada más. Ultimar los detalles entre vosotros y dais las órdenes a los demás demonios corrientes y al resto de escalones inferiores –Nos podemos ir, lo indica con sus escuetas palabras finales, pero no termina para mí. –Hijo de Lucifer, quédate.

Me pongo tenso porque sé que nada bueno puede salir de esta reunión. Es extraño que te hable en soledad porque eso significa darte demasiada confianza. Y él, no confía en nadie.

-Hijo de Lucifer, Adam, necesito que me hagas un favor –Aprieto la mandíbula porque por un momento viene a mi mente Lorena y pienso que no tendría por qué salir ese tema y aún así temo que lo haga –Hay un ángel

superior al que hace tiempo que ninguno de vosotros registra pero tampoco nos consta que haya muerto. Pienso que está trabajando en algo relacionado con la negación a la renovación del acuerdo. Encuéntralo. Su nombre es Uriel, es conocido como “el fuego de Dios”, y aquí, los expertos en fuego somos nosotros. –Vuelve a reírse. La gente no se imagina lo que le gusta al señor del infierno reírse de los demás –Lo dejo en tus manos, cumple y te daré lo que quieres pedirme, Adam

Me deja solo allí abajo y las paredes van estrechándose ligeramente para invitarme “amablemente” a rastrear hasta otra parte. Lo hago cerca de Cody que está peleándose con Rem seguramente para entretenerse mientras me esperan.

-¿Y? ¿Por dónde empezamos a buscar al matador de esbirros? –Inquiere Rem

-Vamos a la zona neutra –Sugiere Cody y yo asiento

Rastreamos hasta donde podemos llegar sin infringir el pacto que intenta el jefe volver a implantar. Desde ahí, tenemos que ir andando. Nada más encauzar la gran avenida de la zona neutral para una limusina blanca enorme a escasos metros de nosotros. Al abrirse la puerta trasera aparece una larga y elegante pierna con tacones dorados. Una rubia altísima y que al quitarse las gafas de sol revela tener los ojos clarísimos de tonalidad grisácea. Un ángel. Nos mira deliberadamente y parece que se mantiene lo de no pelearnos en esta

zona ¿No ha difundido el Gordo lo que ha roto o estamos en medio de algo más grande? Una mano sale desde dentro del vehículo y la arrastra con él. Dudamos que vayan a cazar esbirros, con lo que manchan esos monstruos, tan bien vestidos.

Noto una presión en el pecho como si tiraran de mí hacia abajo y así es. Otra vez en el infierno. No se puede terminar un trabajo tranquilo antes de que me manden otro. La Parca me espera con un chico bastante joven junto a él. Lo tira contra mí y se va.

-¿Y tú eres? –Inquiero con la poca pizca de paciencia que me queda

-El hijo del falso profeta, tu pupilo

-¿Mi qué? –Esto tiene que ser una broma

-Se supone que estoy destinado a ser un demonio superior por estirpe, pero ya sabes, él, el jefe, no considera que esté preparado. Se empeña en decir que estoy demasiado humanizado solo porque no he vivido nunca aquí. Es un notas

Me tengo que reír a la fuerza con este muchacho. Ha llamado “notas” a su señor. Ese que podría eliminarlo solo con pensarlo un segundo. Tiene razón en que no está preparado para esto y que está demasiado humanizado pero yo no soy el demonio indicado para enseñarle. Tengo demasiado temperamento para tolerar más tiempo del que se me haga gracioso a este chiquillo.

Le toco el hombro para rastrearlo conmigo hasta donde estaba y nada más

atterrizar noto que algo en el ambiente ha cambiado ligeramente. Estamos rodeados de ángeles de miradas grisáceas y vestimentas blancas. Grandes puntas de oro como armas nos señalan amenazantes.

-Ey ¿Qué fiesta es esta? ¿Estamos invitados? –Alzo la voz de forma chulesca ante el ángel más cercano. Si quieren pelea en abierto deberíamos estar igualados en número pero no me iba a amedrantar. Además podía diferenciar y contar con los dedos de una mano aquellos que eran competencia, los ángeles superiores.

Luces brillantes emanan del cielo y todos son absorbidos por ellas abandonándonos sin diversión. Órdenes del supremo. Miro al chaval que tengo al lado con los ojos brillantes de la emoción ante lo desconocido y su boca desencajada a modo de abertura del tragabolas. Esta demasiado impresionado con lo que acaba de ver. Genial. Ni si quiera había visto un ángel ¿A caso si quiera sabía porque le correspondía por sangre ser un demonio superior?

-Chico ¿cómo te llamas? –Cody siendo amable con todo el mundo cuando a mí en realidad me da igual

- Raziél –Contesta tímido el muchacho

-¿“El guardián de los secretos”? ¿Nombre de arcángel? Tu padre es demasiado chistoso, por algo se lleva bien con el Jefe. Bueno, Raziél. Vamos a explicarte un poco cómo son las cosas antes de que lo puedas estropear todo. Eres un demonio superior por herencia, como yo. Pero no es el cargo ideal

porque se puede poner en duda tu valía. Los tres originales eran Lucifer, Anticristo y tu padre, el falso profeta. Ellos forman el escalón más hondo del inframundo, son los creadores. Después estamos nosotros. Demonios superiores que solo pueden ser matados por ángeles superiores o los creadores.

-¿Y cómo nos matan los ángeles superiores? –Parece interesado y asustado al mismo tiempo

-De una forma muy dolorosa. Ya te lo explicaré más adelante. Simplemente la luz de seres celestiales inferiores no puede matarnos, si dejarnos al borde pero no consumirnos. Sigamos. Tras nosotros está el sitio más concurrido. Los demonios corrientes. Digamos que son algo así como la clase media del infierno. Suelen dedicarse a los placeres. A atormentar alguna que otra alma y a discutir con los arcángeles. También intentan subir al escalón superior, pero realmente podemos contar con los dedos de una mano los que han subido por méritos. Rem es uno de ellos. Después están los esbirros. Son criaturas pequeñas y desagradables cuya alimentación es básicamente la sangre pero no suelen matar más que la cuota permitida y otra gente a la que la Parca ya le tiene firmada su fecha. Son dóciles para misiones de secuestros y rapidez. Solo hay que recompensarles por el trabajo con una bolsa de escarlata de algún donante. Y por último, están los espectros. Es una “clase social” complicada y abstracta que siempre ven más allá de lo que puedes ver

tú. Se dice que ven el futuro y que pueden negociar con los humanos a pesar de apariencia monstruosa porque tienen la capacidad de entrar en la cabeza a través de los sueños. Están bien valorados por aquí, no te creas. Sólo que se duda de su grado de maldad. Hubo un tiempo en el que incluso el Supremo de allí arriba pensó en acogerlos. No funcionó.

Miro su cara atónita, alargada y lánguida como si no pudiera asimilar toda la información que le acabo de dar. Debería saber todo esto. No es más que la jerarquía básica. Me fijo en su cuerpo y decido que está demasiado delgado para ser una amenaza para alguien. Incluso un esbirro podría machacarle. Cody le da unas cuantas palmadas en la espalda como consolándole por el hecho de que yo sea su “tutor”. Esto va a ser un trabajo duro.

-¿Has peleado alguna vez? –Le atosigo porque no me gusta el lado débil de la gente -¿Sabes algo sobre lo que puedes hacer?

-N-no –Baja la cabeza y su actitud termina de desesperarme

-Vamos a intentar ver quien cojones ha decidido matar esbirros, y tú, Raziel, intenta no despegarte de mí o simplemente, morirás

El viaje hacia las cavernas se hace tedioso porque encontramos más problemas para rastrear que de costumbre. Algo no va bien en el equilibrio de energía de esos lugares. Las cavernas están repletas de esbirros que habitan en la superficie simplemente porque se divierten más. Mientras no llamen la atención humana se les permite. Algo me inquieta desde que hemos cogido el

camino elevado de piedras que suben hasta las montañas donde se encuentran las cavernas. Tengo la sensación de que algo igual de aterrador y hermoso está a punto de suceder y no me gusta. Miro varias veces al chico para asegurarme de que no va a hacer ninguna estupidez y me complace ver que Cody se hace cargo de él. Un sufrimiento menos. Rem por su parte va rastreando lejos y hasta donde estamos para averiguar a partir de dónde y por qué nuestro rastreo se inactiva. No estamos en terreno celestial y tampoco en zona neutra. Estamos en esa clase de sitios donde todo está permitido.

Algo llama mi atención en la colina que tenemos a uno de los lados. Un pelo revuelto y marrón ondeante al viento. No puede ser. Los dejo seguir mientras me acerco silenciosamente. Es ella. Lorena viste botas marrones y unos vaqueros con una camisa azul. De su cuello cuelga una cámara de fotos con la suficiente nitidez como para ver el brillo de sorpresa en mis ojos si supiera que estoy aquí. Anda feliz agachándose a recoger algunos tipos de flores que va encontrando a su paso. De todos los lugares donde podría haber viajado influida por mi hipnosis tuvo que elegir este. Que caprichoso es el destino. Por una parte sería casualidad que le dijera que hemos coincidido. Por otra parte recuerdo que ella ya no sabe quién soy y puedo hacer el papel de turista extraviado..

Me pongo a su paso en un simple salto que ella no nota. Sonríe al verme como si me estuviera esperando aunque eso no es posible. Sigue subiendo.

-Me llamo...-Voy a empezar a decir la falsa presentación que he pensado en este nanosegundo

-Adam—¡No es posible! -¿Todo bien? ¿Haciendo turismo?

Nos hemos detenido y la miro con cautela a los ojos que gasta entrecerrados como si evaluara mi reacción. No intento disimular el hecho de que no confío en cómo sabe quién soy. Yo la hipnoticé. Ella no debía acordarse de mí. Pero lo hace. Es humanamente imposible, pero ella lo hace.

Cody está a unos pocos metros. Rem está a punto de llegar. Raziel es un niño que no comprende nada de esto, casi como ella. Me duele la cabeza y el tiempo de tomar una decisión se agota.

-¿Eres mi vecino no? Perdona si te he confundido. He ido varias veces a tu casa y no me has abierto la puerta pero he visto tu nombre en el buzón. Una vez te vi salir con un amigo, por eso te he creído reconocer

Ahí estaba. La explicación lógica de su saludo. Mi hipnosis seguía funcionando correctamente y ella seguía siendo ajena a mí. Me alegraba y decepcionaba por igual. Por un momento he pensado que...No, simplemente quería pensar que ella lo sabía. Pero no. Porque si lo supiera no es que yo pudiera decir algo tipo “oye, Satanás, que no me va la hipnosis ¿te importa si adopto una humana?” y entonces tendría que matarla y eso sería...muy desagradable.

-¡Ey, Adam! –Rem aparece a mi lado y la mira, él no sabe nada sobre lo

que ha pasado con ella y solo sonrío como quien intenta indicar que es una buena caza la mía.

Al instante aparecen Cody y Raziel andando desde un camino por el que deben conectar las montañas. Mi compañero de secretos me mira de forma asesina y cuando niego con la cabeza parece tranquilizarse, aunque no demasiado. El chico inexperto se hace inmediatamente con las riendas de preguntar lo cotidiano. Quizá nos vendría bien la normalidad que puede aportar este intento de hombre. Es corriente debido a su vida en la zona humana y neutral. Que fuera él quien la librara de la muerte era lo más ridículo que podía imaginar.

CAPÍTULO 7

LA DECISIÓN

Lorena

Raziel, así se ha presentado, me pregunta cosas normales mientras andamos como si un grupo de turistas fuéramos, pero no lo somos. Yo lo sé. Ellos lo saben. Y ellos no saben que yo lo sé. Adam me mira cautelosamente tras ese océano que tiene por ojos y yo le respondo con la mejor de mis sonrisas. Por un instante me planteo la posibilidad de que todo pudiera ser normal entre él y yo. Que él a mi me gustara...Que yo a él le gusta.... ¡No! En realidad todo se despeja de mi mente cuando pienso en la estupidez que estaba relacionando y sigo escuchando al muchacho que camina jovial a mi lado.

-Bueno pues eso, que ahora me han cambiado de aires y no me entero muy bien de cómo son las cosas y ellos.- Señala a los dos matones –Me están ayudando

-¿Podrían haberte buscado guías más amables no? –La mirada abrasadora de los mencionados me atraviesa mientras yo sigo con mi pantomima particular.- Quiero decir, a mí ni si quiera me han abierto la puerta las veces que he ido a presentarme. No deben ser muy “acogedores”

El chico se ríe y me cae bien al instante. Quizá porque lo desvinculo de cualquier locura que haya podido vivir con ellos dos. También me gustaría

averiguar si con él también han hecho cosas raras como “la hipnosis” que Adam creía estar haciéndome y que, por un segundo, me dejó tan descolocada que tan solo me dormí. Si cuando despertara no tenía que recordar, su truco había salido mal ¿Serían intentos de magos? Me parecía una pregunta demasiado patética para dos tíos tan bien formados y apuestos, con esas pintas de malotes y sus vestimentas de cuero, pero quien sabe.

-¿Y tú qué, morena? ¿Tienes novio? –Todos volteamos la cabeza a la vez como si la torre de Pisa se hubiera puesto recta sola y él simplemente se encoge de hombros esperando una respuesta. Todas las miradas se centran en mí y me veo obligada a tomar en serio tan fuera de lugar cuestión

-Creo que eres muy pequeño para tener interés por si lo tengo o no – Sentencio y me siento hasta orgullosa de mi respuesta

-Pero yo no –Cody me pasa galantemente el brazo por los hombros y yo no puedo más que echarme a reír en respuesta mientras Adam observa sin un atisbo de diversión en su mirada.

Cuando estamos llegando a la cima se oyen ruidos dispares y horrorosos que taladran mis oídos que tapo con mis manos. Al cesar, miro hacia los chicos que no parecen afectados con el grito atroz. Adam me pone una mano en la espalda y seguimos subiendo. Aunque no hace nada del otro mundo noto una ligera presión que indica que debo estar tranquila, que no me pasará nada, que él está ahí. Me siento segura y eso es del todo absurdo. Él es el pirado en esta

historia y yo debería coger carrerilla y lanzarme hacia abajo a la carrera para alejarme del grupo y volver a mi viaje de tranquilidad y paz. No estoy segura de por qué comencé este viaje si la “hipnosis” no funcionó, pero tampoco me pareció tan mala idea evadirme de esos días locos, de mi vecino buenorro que resultó estar aquí y de todas sus locuras.

Estamos cruzando una puerta hecha con tres piedras cuando siento que me asfixio. Se me cierra la garganta y me oprime el pecho. No puedo hablar. No puedo hacer nada. Voy a morir y ni si quiera sé por qué. Tengo que salir aunque no estoy encerrada. Necesito respirar. Necesito no terminar de cruzar esa maldita puerta. Todo es oscuridad.

En lo borroso de lo que parece un sueño Adam está sobre mí. Parece hecho de cuarzo negro, carbón y algo parecido a rubíes. En su espalda cientos de lo que parecen cuervos intentan picotearme pero no lo consiguen gracias a mi escudo humano. Estoy paralizada y me gustaría decirle a él que no hace falta que me proteja que si esos cuervos me quieren, aquí estoy. Noto un arañazo en la cara de tres pequeñas pero afiladas garras, un grito sordo me hace perder del todo el conocimiento y lo último que veo es a tres chicos mirándome y mirándose entre sí.

La cama donde despierto huele fuertemente a lavanda. Está mullida y calentita. Está toda la habitación a oscuras y tan solo por la rendija que sale por la puerta entreabierta de al fondo del cuarto entra un rayito. Quito con

suavidad el edredón azul marino y me pesa una barbaridad. Parece que me hubieran dado una paliza. Al poner los pies descalzos en el frío suelo soy consciente de la desnudez de mis piernas. Instintivamente me toco desde el pecho hasta el comienzo de mis muslos y compruebo que llevo una camiseta que cubre mi cuerpo. Es negra y huele a suavizante y colonia fresca. Me acerco con lentitud hacia la puerta de donde proviene la luz e intento que al ir de puntillas tampoco se haga ruido que me delate. Empujo con suavidad del pomo y me doy de bruces con un ancho pecho mojado. Tengo mis manos sobre su torso y no las quito aunque debería.

-¿Te has despertado? –Adam me sujeta por las caderas levemente mientras nuestros ojos no se fijan en nada más

-Se ve que sí –No puedo ser más que irónica para intentar no decir nada estúpido que luego no pueda borrar.

Eleva una mano y con suavidad la pasa por mi cara. Al contacto arde lo que parece ser una herida cerrándose. Ahora me acuerdo. Los cuervos. No podían ser reales, tenían que ser producto de mi imaginación debido a un ataque de ansiedad. La pregunta es cómo preguntar algo de estas características sin parecer una loca. Aunque, pensándolo bien, ya había estado en un manicomio.

-Me estoy volviendo loca –Pone la otra mano al otro lado de mi cara. – Dime que algo es real. Dame una explicación para todo esto. –Me abraza. Es

un abrazo cálido y fuerte pero hay demasiados secretos escondidos en él. Lo noto. Es una manera suave de decirme que no va a responder nada de lo que quiero saber. Me duele la cara y no puedo asimilarlo todo. –Adam... –Me pasa una mano enfrente de los ojos y me quedo instantáneamente dormida y caída entre sus brazos.

Otra vez despierto en la cama que parece ser el mejor lugar del mundo en este momento. Para qué levantarme y adentrarme en algo que no comprendo y que está arrancando de mí todo lo cuerdo y racional. El olor a lavanda ha menguado y el aroma fresco lo ha inundado todo. Sobre mi cadera tengo la mano de mi pesadilla particular. Un hombre de ojos intensos me observa tras una sonrisa torcida. Tiene el pelo aún mojado por la ducha y no parece haber dormido. Le paso las manos sin pensarlo por el pelo y parece sorprendido aunque se deja hacer. Por una milésima no soy dueña de mis actos y cerrando los ojos solo hago lo que me apetece. Doy rienda suelta a mis caricias que empiezan desde el cuello y terminan bajando desde las sienes a la fuerte mandíbula. No sé qué cara tendrá él. Ni que le parecerá. Se apodera de mí un egoísmo hasta ahora desconocido que quiere probar todo lo que, cuando ningún acontecimiento nos había rodeado aún, deseaba de él. Desde ese momento en el que fui a pedirle que dejara de tocar música y me abrió la puerta hecho una canalla galán.

-¿Te puedo preguntar una cosa? –Giro sobre mi costado para observarle

totalmente de frente. Asiente. -¿Por qué tocas música tan triste? ¿Qué demonios te acechan?

-¿Qué demonios me acechan? –Se ríe de forma ronroneante y sus pupilas se dilatan divertidas. –Yo soy mi propio demonio, Lorena

-¿Te puedo preguntar yo a ti algo? –Hago una mueca leve de disgusto. – Bien, veo que sabes que la haré de todas forma ¿Qué sentiste en las rocas?

-Miedo.- Ahí estaba la conversación que no podíamos tener, algo en mi conciencia me impedía hablar de lo ocurrido. Al intentarlo me arde el pecho con leves punzadas recordándome que, él probablemente sea el culpable de todo lo que me está pasando. –Había cuervos –Recuerdo las formas negruzcas y grandes y unas garras atterradoramente largas, pero no las menciono. –No soy fan de esos bichos si les da por atacarme

Parece convencido y me advierte que tiene que salir del pueblo, que estaba en mitad de un trabajo en aquellos montes. Yo, tomo la decisión de buscar por mi cuenta las respuestas de todo lo inexplicable que me rodeaba, y le miento. Hago como si fuera un vecino normal, como si mis atacantes hubieran sido cuervos reales y como si no empezara a pensar de verdad que él era su propio demonio.

Cuando salgo hacia mi casa bastante más tarde de lo que debería, pues estaba demasiado cómoda en esa cama que parecía atraparme. Veo que en la puerta de mi casa está nada más y nada menos que mi madre, con su vestido a

cuadros tan formal y pintoresco a la vez, acompañada de un chico muy alto que parece sorprenderse al verme acercarme.

-¡Niña! ¡Querida! ¿Dónde estabas? –Su tono de urgencia parece indicar que la idea de que esté con mis vecinos, repentinamente, no le agrada

-Estaba regándole las plantas a los vecinos que se han ido fuera una temporada. –Miento

-Sí, lo sé. Me han alquilado la casa a mí –Unos ojos preciosos y claros atraviesan mi mirada haciéndome dudar de tal afirmación. Por qué no me dirían nada. Bueno, tampoco tenían por qué hacerlo

-M-me llamo..Lorena. Encantada. –Le tiendo la mano y su gracilidad y delicadeza me pillan desprevenida

-Yo soy Zac. Encantado

-¿Y, mamá, qué haces aquí? ¿Y con él? –Miro hacia ambos interlocutores esperando una respuesta

-Nos hemos encontrado en la puerta. –Touché. Totalmente lógico. –Venía a presentarme como el nuevo vecino y...ha llegado tu madre.- Ella asiente y me concentro en examinar la cara realmente de modelo del semidios que se ha plantado en mi felpudo. Sus largas pestañas rubias hacen juego con la claridad de sus ojos que tocan lo grisáceo. Nunca había visto unos iris de esa tonalidad. Es especial. Su atuendo remarca la anchura de sus hombros. Lleva una impecable camisa del color del mármol y unos vaqueros azul claro

perfectamente abrochados y planchados hasta los zapatos de charol ¿Otro que sería modelo? Bueno, no sería tan extraño dado que mis anteriores vecinos se debían mover, por sus impolutos cuerpos, en el mundo del modelaje, que le hubieran alquilado la casa a alguien del mundillo. Quizá buscaban en este pueblo tan alejado de todo una tranquilidad que en la aglomeración de la ciudad no podían tener. Solo esperaba que no fuera aficionado al piano. – Bueno, ya me voy. Si necesitas cualquier cosa, puedes tocar mi puerta

Mientras le veía girarse e irse con los pasos tranquilos pero firmes me pregunté cómo era posible que dejara tal serenidad en mí. Estaba totalmente hipnotizada mirando como entraba en la casa de Adam, ese del que había podido olvidarme durante un instante, mientras mi madre alegaba que si en ese pueblo no encontraba un novio guapo es porque no ponía ni un poquito de empeño. La invito a pasar dentro y por un momento siento paz. Todo está normal para mí. Ha debido de ser casualidad y ficción soñada todo o parte de lo que he vivido, pero ahora tengo un vecino normal, y aunque no sé durante cuánto tiempo se va a quedar, no pienso actuar como una lunática. Haré lo que había venido hacer, escribiré. Y si necesito sal, pues iré a ver al nuevo vecino buenorro ¿Cómo ando de sal? Me golpeo la cabeza a modo de reproche siguiendo la conversación de mi madre por encima y preguntándome a mí misma en qué momento mis hormonas se despertaron al unísono haciéndome querer ir a preguntarle algo a ese tal Zac que tanta paz y olor a Marsella había

dejado con su corta visita.

Capítulo 8

EL ACUERDO

Uriel

No entendía con exactitud yo mismo que me había llevado a presentarme de esa forma. Colarme en casa de los demonios era mi objetivo principal, lo de ir hasta la puerta de mi vecina haciéndome el encantador con su madre, era un poco salirme del plan. En qué momento “debo pasar inadvertido” había pasado a ser secundario, aunque quizá, el haber llegado hasta allí y ver que ella no estaba enterada de nada sobre ellos, era bueno. Realmente bueno. Si me ven con ella, nadie sospechará que no soy realmente amigo de los dueños de la casa aunque, evidentemente, tengo mejor gusto.

Al entrar en la casa, noto varias cosas: La primera, que allí había habido muchos demonios reunidos de distinto rango en alguna ocasión. Lo segundo, que Lorena también lo había estado.

Lo cierto es que todo estaba pulcramente ordenado en aquella casa y no parecía haber nada que poder sacar en claro. Un demonio como Adam era muy bueno escondiendo su rastro. Ventiló la casa puesto que huele a algo imperceptible a la nariz humana, pero que a los ángeles nos producía picor en la piel e irritación. Ese olor que desprenden todos aquellos que han salido del mismísimo infierno.

Bueno, tenía que averiguar donde se habían metido y vigilarles, el jefe sospechaba que todo lo de la supuesta matanza de los esbirros era alguna clase de artimaña para acabar masacrando ángeles. La palabra “traición” era muy común por aquellos bajos fondos. Al entrar en una habitación de sábanas azul marino me pregunto por qué habría dormido Lorena allí.

Me asomo a la ventana y veo que mi nueva vecina se despide de su madre. Me cuestiono hasta que punto a podido estar aquí y no acordarse debido a ciertos rituales de hipnosis que suelen utilizar los demonios para fines poco morales. También puedo ir y averiguar qué tipo de relación le une a sus vecinos. Dios mencionó que Cody y Rem también iban con él. Tres demonios superiores, era mucho para uno solo.

Al tocar el timbre y esperar en los escalones a que abriera me recorre una sensación extraña. Abre la puerta ataviada con un delantal.

-¿Puedo pasar? –Parece dudar y eso me hace reflexionar sobre qué tipo de persona sería

-Claro –La veo acercarse a la mesa central del salón y cerrar la pantalla del portátil como si no quisiera que nadie pudiera ver nada de lo que estaba haciendo. –Dime

-Había pensado que, si no te importa, podrías enseñarme los sitios cercanos para comprar o darme algún teléfono de comida a domicilio. Adam no me ha dejado ningún posit en la nevera pegado como me dijo que haría –

Improviso

Veo como brilla algo parecido a la emoción en sus ojos, me recuerda a esa clase de humanos que grita “Eureka”. Se levanta y se cambia en su habitación mientras grita en la distancia que espere un momento. Algo vibra en mi cuerpo y sé que el jefe quiere que ascienda. Algo ha ocurrido, pero no puedo irme. Vibro intensamente y sé que no tengo elección.

Al aparecer en la marea azul en la que levita el supremo, aguardo a que hable. Aunque mucha gente creía que Dios era un ser totalmente bondadoso y comprensivo, lo cierto es que hacía buenas acciones pero era un ser brusco y que no aceptaba ser contrariado.

-He sido informado de algo que me inquieta, Uriel. –Asiento con la cabeza puesto que conozco su forma de proceder y, por tanto, estoy convencido de que seguirá hablando. –Una humana está buscando en esa cosa endemoniada llamada Internet cosas sobre ángeles y demonios.

-Pasa todos los días, señor –Respiro con profundidad antes de soltar la retahíla. –La población, a pesar de los tantísimos años que llevamos siendo imperceptibles sacan historias y novelas sobre seres que surcan los cielos. También pintan y describen como se imaginan a los demonios y el infierno. Son modas. No es algo que deba preocuparos.

-Sí, eso pensaría sino fuera por el tipo de búsqueda. Hace preguntas concretas que hacen que no pueda descansar tranquilo. ¿Y sabes por qué estoy

convencido de que no es una casualidad? –Niego en absoluto silencio pues la intriga se apodera de mí. –Porque da la casualidad de que, rastreando su IP, o eso ha dicho el informático, se sitúa en la localización en la que encontramos el movimiento anormal de demonios. Y, precisamente, es de donde te he traído a la fuerza.

-¿Lorena? –Pregunto extrañado antes de darme cuenta de que lo estoy diciendo en voz alta

-Exacto –Mueve la mano en señal de indiferencia. –Sé que es un tema menor, y que podría mandar a cualquier otra persona a averiguar si se trata de una falsa alarma como suele ocurrir, pero tenemos pendiente renovar el acuerdo con los del inframundo y no quiero desviar operativos innecesarios. Así que, échale un vistazo y si ves algo sospechoso, ya sabes que tienes que hacer.

Desciendo en el centro de la ciudad, muy lejos de donde había comenzado mi ascensión. Una limusina para frente a mí y baja una de las personas que mejor conozco, Raquel, ataviada toda de blanco y con su gran tridente dorado como punto de apoyo desciende con elegancia.

-No esperaba verte por aquí, *fuego de Dios*

-Yo tampoco pensaba estar aquí, pero ya ves, allí arriba pasan cosas inexplicables –Decido ponerme irónico porque tengo la sensación de que se está cocinando algo grande que no se nos está diciendo.

-He hablado con un espíritu. Sabes que no son muy dados a contestar a lo que se les pregunta, pero me ha dicho una frase que me ha dejado pensando. “El acuerdo es firmado por dos, y acatado por demasiada gente”

Como si fuera a romperse el cielo hay un relámpago que hace que ambos miremos hacia arriba. Mi cuerpo empieza a hacerse volátil y transparente, cuando vuelvo a estar con los pies en el suelo mis piernas pesan como si de mármol se tratase, mi torso ha aumentado y se han blanqueado aún más mis ropas. El tridente dorado que ahora porto en mi mano derecha me confirma el peligro inminente. Estamos en zona neutra pero los muchos demonios corrientes que ahora miran desde las posiciones más altas de los edificios no son casualidad. Los omoplatos me arden pidiendo desplegar las alas, pero está prohibido aquí.

-Uriel, el acuerdo no está renovado ¿Atacamos? –Inquiere Raquel

-No –Miro hacia atrás y veo que otros ángeles de menor rango se han posicionado bajando rápidamente hasta el lugar del extraordinario encuentro

Un demonio de imponente altura y robusto se sitúa en el medio de la carretera donde la gente no puede darse cuenta de lo que está pasando puesto que ninguno ha olvidado, por lo visto, ponerse en camuflaje.

-Entregarnos al mataesbirros y nadie saldrá herido

Todos desaparecen y poniendo la mano en posición de agarre doy con el dorado en el suelo para aparecer en el jardín trasero de mi nueva casa.

“Entregarnos al mataesbirros y nadie saldrá herido” intento reflexionar sobre ello cuando veo la ventana del patio trasero de mi vecina abierto. Miro mi reloj. Todavía es temprano para que se haya dormido, pero quizá está distraída. Me cuelo silenciosamente alzándome con las manos, pasando las piernas y evitando impactar con la lavadora que hay bajo la cristalera. En el marco de la puerta veo que lleva los cascos y baila ridículamente sexy mientras cocina algo con la batidora.

Esquivo al paso de sus bailes que me vea y llego al salón en busca de su portátil. Para mi suerte, el ordenador está encendido con el Spotify en marcha y no me hace falta averiguar la contraseña. Rebusco en las pestañas abiertas y en el historial y me resulta extraña su forma de buscar explicaciones a sucesos extraordinarios que pudieran haberse producido: *¿Puede una persona por adrenalina saltar de un tejado a otro? ¿Existe la teletransportación?*

Voy a leer más cuando noto unos inquietantes ojos color verde clavados en mí. Su gesto es infranqueable. Tiene las manos cruzadas sobre el pecho como muestra evidente de su enfado con mi comportamiento, pero veo algo más en ella. Decepción, rabia, ira.

-¿Qué se supone que estás haciendo? –Levanta las cejas mientras se acerca a grandes zancadas

-¿Cambiano de canción para ver si veías que estaba aquí? –Pruebo porque tengo que hacerlo aún sabiendo de que no va a creérselo –De acuerdo

–Aunque no me gusta tener que utilizar este tipo de trucos, la cojo de la mano y noto que se relaja un poco al instante. La siento en una silla de las que rodea la mesa y la miro directamente. –Ahora, no te vas a acordar de haberme visto aquí sin tu permiso. Creerás que me has abierto la puerta contenta de haberme visto tocar el timbre y que estamos sentados aquí decidiendo qué vamos a cenar.

Me suelta la mano despacio y parece que todo ha salido como tiene que salir. Sonrío para destensar el ambiente y que crea que estamos viviendo un momento agradable. Veo que coge el centro de mesa y se gira hacia la cómoda para guardarlo. De repente, sin poder preverlo lo estalla contra mi cabeza y sale corriendo.

Capítulo 9

LA TRANSFORMACIÓN

Lorena

Ese loco era, ahora sí, seguro amigo de los otros dos, quería hacer algún tipo de experimento raro conmigo y yo no me iba a dejarle sin intentar salir ilesa. Corro hacia el exterior de la casa con la ropa de andar por casa puesta y el delantal aún encima, por suerte me ha dado tiempo a coger las llaves del coche de la entrada antes de salir. El césped está mojado bajo mis calcetines como única protección.

Cuando estoy a punto de llegar hasta mi Skoda noto unos brazos fuertes que me rodean para alzarme y evitar que escape. Siento pánico. Voy a volver al sitio que parecía un manicomio. Voy a morir.

Mis miedos aumentan cuando veo que en los pocos metros que separan las dos casas están ahora Adam y Cody mirando hacia la escena. No sé si me tranquilizo absurdamente, pero Adam ha oscurecido su mirada y mi captor se ha tensado de forma palpable. Me suelta dejándome a un lado y el tiempo parece pararse.

Atónita veo como ambos se alzan en el aire para volver a caer con una apariencia totalmente diferente a la que tenían. Adam mide algo más de dos metros, su imponente pecho ahora está mucho más ancho y parece que está hecho de cuarzo y ópalos negros que brillan en puntos clave. Sus piernas ahora

son de la dureza del cemento espeso pero su color es similar al carbón, aunque la luz que refleja es como si lo hubieran cubierto de acrílico. No puedo dejar de mirarlo. Sus ojos siguen siendo de ese color azul profundo como el mar que te hace poder perderte en ellos. Sus alas, porque yo juraría que son alas eso que ha aparecido en su espalda, son fuertes y grandes. Del color del azabache y tintados por fuego real que parece vibrar bajo su estado furioso.

El aspecto del que deduzco que es Zac, pues así me ha dicho que se llamaba, es increíblemente hermoso. Es de tonalidades totalmente blancas. Su ancho torso ahora es mármol. Sus pesadas piernas son como de gárgola. Sus alas son bañadas en oro. Y sus ojos grisáceos se han intensificado hasta el punto casi de reflejar la luz. Porta un tridente de color dorado con el que apunta peligrosamente hacia Adam.

-Parece que te encontré, Uriel, fuego de Dios. –Confirmando que me había mentido en el nombre y deduzco por el modo en que parecen querer atacarse que amigos, no son. –El Jefe se va a poner muy contento

-Podría decirse que yo te encontré a ti puesto que estoy al lado de tu casa. –El que ahora reconozco como Uriel, parece poco orgulloso de haberse encontrado con ellos aunque intente disimularlo.

Suelto un suspiro fuerte porque mi miedo se ha mezclado con mi frustración y no puedo evitar pensar que yo solo quería escribir un libro en un pueblo que aseguraban los de la agencia que era de los más tranquilos, pues

menos mal. De repente, ambos se quedan mirándome como si estuvieran totalmente sorprendidos. No soy yo la que tiene esos aspectos y esas impresionantes alas.

-¿Por qué puede vernos? ¿Qué has hecho Adam? –Uriel está realmente enfadado ahora y es una orden para que le dé una respuesta

-¿Yo? No me dedico a ir descubriéndome por ahí ¿Por qué salía corriendo, huyendo de ti? –Adam eleva la voz y mueve los pies a modo de boxeador como si estuviera cansado de tanta palabrería.

-Es una larga historia –Afirma bajando el mentón

-Tengo todo el tiempo del mundo –Se vuelven a mirar de forma agresiva

No puedo respirar, todo me da vueltas. No quiero creer nada de esto. Necesito pensar que simplemente estoy dormida. Porque si todo esto es verdad, no tengo ninguna posibilidad de huir de esos seres. Estoy muerta y no hay nada que yo pueda hacer para evitarlo. Me siento en el césped poniendo la cabeza contra mis rodillas y empiezo a llorar. Las ganas de luchar no son más fuertes que las ganas que tengo de desaparecer. Me va a estallar la cabeza con tantas imágenes cruzadas que vienen y se van. Me da miedo levantar los ojos de mi misma por si lo último que veo es algo que no tiene ningún sentido y nadie creerá como voy a morir. Mis padres. Pienso en ellos y lo que pensarán cuando vean mi cadáver con lo joven que soy ¿Y si ni si quiera lo ven? ¿Y si hacen que parezca que simplemente he desaparecido por propia voluntad? ¿Es

eso posible? Que pregunta tan estúpida estoy haciéndome. Son bestias, tampoco debería ser eso posible. No lo es realmente, biológicamente es imposible que se puedan ¿convertir? ¿En qué exactamente?

¿No han dicho que no debería verlos? ¿Y por qué puedo? Alguien toca suavemente mis manos retirándolas de forma sutil de mis orejas. No he sido consciente de que estaba gritando de forma ensordecedora todo este tiempo. Adam me mira con su forma normal, esa que reconozco. Parece realmente preocupado. Dejo de gritar pero sigo llorando. Levanta mi mentón con mucha delicadeza y me ofrece la mano para que me levante. No la acepto. El otro individuo loco también me está mirando intentando descifrarme. Noto que me coge en brazos pasando sus fuertes brazos por debajo de mis rodillas y cayendo mi cabeza en su pecho. No oigo latidos pero siento calidez.

En el interior de mi casa me dejan sobre el sofá y cuando estoy a punto de reaccionar y volver a ponerme histérica por esta irreal realidad, alguien pincha mi brazo con un líquido transparente en una jeringuilla.

-Al menos sabemos que las medicinas si hacen efecto en ella. –Es lo último que oigo decir a Cody, aunque no soy consciente de haberlo visto entrar en la casa.

Entro en una espiral negra y caigo, entiendo perfectamente que estoy soñando y no tengo miedo aquí. Casi prefiero que me hayan dormido para hacerme lo que quiera que quieran hacer conmigo. Me doy cuenta de que estoy

sobre una escalera. Tengo que elegir si prefiero subir o bajar. No soy capaz y me siento. Veo aparecer a mi padre de forma espiritual y me señala que vaya hacia arriba. Le hago caso. Nunca dice nada desde que se quedó de esa forma, aunque sea en un sueño tengo que hacerle caso. Los escalones van perdiendo su tonalidad negra y empiezan a ser blancos, cuando estoy a punto de tocar uno de mármol recuerdo a ese tal Uriel y corro por instinto hacia abajo. Los escalones son negros, hay muchos. Noto que alguien me persigue bajando tras de mí. Los escalones ahora son negros, quemando mis pies descalzos. Veo algo al final de la escalera ¿lava? Me despierto.

-¿Qué sois? –Es lo primero que digo al recuperar mi conciencia y ver todos esos pares de ojos mirándome.

En un acuerdo tácitamente hablado se retiran los dos protagonistas dejándome solo con Raziel. Me mira nervioso y se estruja las manos mientras una gota de sudor recorre su cara.

-¿Tú sí sabías que podían... Hacer eso? –Le interrogo porque no parece como ellos. Asiente. -¿Y no te da miedo?

-Yo no puedo contarte nada, de verdad. Me caes genial y oye, odio que estés en esta situación, pero es que hay cosas que ni si quiera yo entiendo. Yo soy como tú ¿Vale? Bueno, no exactamente, se supone que yo me puedo convertir en ese tipo de cosas y que debería saber que tan grave es que no funcione la hipnosis contigo, pero no lo sé de verdad –Parece abatido

-De acuerdo. –Empiezo a calmarme porque por alguna extraña razón deduzco que si me quisieran muerta, lo estaría ya. –Dices que tú...deberías poder hacerlo ¿Y no puedes?

-No sé cómo se hace, he vivido en el mundo humano desde que tengo memoria

El sabe que me ha dado la pista que necesitaba cuando me ve abrir desmesuradamente los ojos y brillar algo en ellos. Inevitable y absurdamente, sonrío. Veo volver a ambos “secuestradores” y mirarme.

-¿Qué otros....mundos hay a parte del...humano? –Miran desesperados a Raziel

-¿Se puede saber que le has contado? –Adam golpea en la mandíbula con fuerza al chico que cae de bruces con la pared. Cody le retiene de un brazo. Uriel simplemente me observa apoyado desde el marco de la puerta. –No hay otros mundos. No hay nada. –Me grita. –Y tú te vas a olvidar de todo ahora mismo, si no es con hipnosis será por miedo. –Le miro desafiante porque no me gusta cómo me está hablando. Parece notarlo. –Y no por miedo a morir tú, porque, evidentemente si fueras un poco inteligente te habrías ido de aquí y no hubieras investigado más. Sino porque si no voy a tener que matar a tus padres. Y sería una pena, porque, en especial tu madre, me cae bien.

-No. –Abro la boca y niego rápidamente con la cabeza, no quiero que sufran por mi culpa. –Estaré callada, haré como si nada hubiera pasado, no he

visto nada.

Dos escalofríos recorren mi espalda y todos miran hacia los lados. Visiblemente no saben qué hacer y ahora vuelvo a estar inquieta. Raziel desaparece de repente absorbido por un casi imperceptible remolino. Ya no me sorprende de nada de lo que pasa con ellos. Cody hace lo mismo aunque creo ver que es él mismo quien crea su remolino.

-¿Qué hacemos con ella? –Adam habla primero

-No lo sé. No pueden saberlo hasta que estemos seguros de qué pasa y ver quién debe encargarse de esto. Sé que no tenéis palabra, pero se me reclama allí arriba. Intenta cumplirla y encargarte de que no sufre daño alguno.

Alguien llama a la puerta y ambos desaparecen sin decir alguna palabra. Mis padres entran en mi casa de forma natural. Me dan dos besos y aseguran que me echaban de menos. Asiento con la cabeza y les pido un segundo para adecentarme. Mi madre señala mientras me voy hacia el baño que no debería estar tan poco presentable por si se presentan mis amables vecinos aquí. No puedo evitar que me salga una carcajada estridente por lo irónico que es que ni madre diga eso cuando ellos son los culpables de mi aspecto. Quizá si no hubieran sido tan extraordinariamente guapos jamás hubiera llegado a estar detrás de sus mordaces comentarios.

En la ducha, todo pasa lentamente en mis pensamientos. ¿Puedo salir y

estar ahí con mis padres como si por un segundo todo fuera fruto de mi imaginación? Cuando me miro en el espejo no me reconozco tengo buen aspecto, mi piel esta reluciente y rosada después de la ducha, mis ojos están, juraría, una tonalidad más clara, y siento que incluso mis músculos están algo más tersos. Destierro los inútiles pensamientos y salgo. Mi madre sugiere que vayamos a casa a comer. Intento convencerla de que no hacía falta que vinieran hasta aquí si iban a hacer que nos desplazáramos hasta allí para que ella prepara asado. Luego reflexiono y sé que no habría cogido el teléfono, claro que ellos eso no podían saberlo. También pruebo, inútilmente, a sugerir que haga la comida aquí pero se niega rotundamente alegando que no tiene los múltiples aparatos de cocina que le hacen la vida más fácil. Finalmente, harta de luchar, accedo a ir con ellos.

El volvo de mi padre está totalmente nuevo y conduce serio mirando hacia la carretera. En su actitud de siempre pone los deportes en la radio e ignora que yo esté allí. Mi madre sin embargo no para de hablar, me cuenta que se echa de menos mi presencia aunque no estoy segura de que sea verdad. Tampoco creo que sea momento de decirles que, puede que vuelva con el rabo entre las piernas a casa porque prefiero no escribir a volverme loca.

Todo está como siempre y me siento libre para ir al cuarto de mis padres y descansar mientras se prepara la comida. La cama me recibe como si hiciera siglos que no descansara con tranquilidad. Huele a estar en casa y medito por

un segundo si podría volver y olvidarme de todo. Cierro los ojos y creo que me estoy quedando dormida.

Suena como si se hubiera roto un jarrón y me siento en la cama sobresaltada, busco en la oscuridad del cuarto mientras froto mis ojos soñolientos para terminar de despertarme. Alguien me tapa la boca con la mano posicionándose detrás de mí de forma que no pueda verlo. Algo cruje en mi espalda al intentar resistirme pero estoy totalmente inmovilizada.

-Ahora sí, vas a olvidar todo lo que has visto o crees saber. –Una voz profunda y familiar susurra estas palabras en mi oído

Creo que se refiere a que voy a morir, pero mis pupilas se dilatan y para mi completo horror, aunque debería estar aliviada, veo imágenes vividas con mis vecinos que aparecen para después ir haciéndose borrosas. Los pierdo. No recuerdo cómo los conocí. Cody, aparece por mi mente con esa mirada de querer eliminarme. Ya no está. ¿Quién? Raziel pasa tímido con una sonrisa en el momento en el que me preguntó si tenía novio y...no, se está yendo. No recuerdo quien era aunque aún reconozco su nombre. Uriel pasa y sus ojos grisáceos me atraviesan como una acusación. ¿De quién son esos ojos? ¿Cuáles? Ya no hay nada. Adam. Sólo queda él y ni siquiera puedo recordar quién es y aun así necesito que se quede en mi pensamiento, intento agarrar esa imagen, su protección ante los cuervos. Cuervos, tienen una pinta horrible. Ahora son hermosos. ¿Qué ha pasado? ¿En qué estaba pensando?

Abro los ojos y parece que está saliendo el sol ¿Cuánto tiempo he dormido? Me desperezó cómodamente en cama de mis padres. Y bajo por las escaleras. Mi madre prepara magdalenas. No sé cuando he tomado la decisión que voy a anunciarles, pero la tengo clara.

-Mamá... -Dudo un instante porque no tengo ninguna razón para haber pensado esto. -Me vuelvo a vivir aquí.

-¿Por qué, cariño? -Se le rompe el molde de lo que intenta sacar del horno y limpia enérgica. -¿Ha pasado algo con algún vecino?

-No....en realidad, no he tenido vecinos en todo este tiempo. Es un pueblo demasiado aburrido y deshabitado

-Ah, ve a regar las plantas por favor

Salgo al jardín y veo la fachada de enfrente ¿Ayer no era azul? Siento como si me hubiera perdido un trozo de lo vivido. Pero solo es una sensación estúpida. No me he dado ningún golpe. Un camión de mudanzas me sobresalta y veo que descargan mis cosas.

-Mamá, ¿Has pedido que traigan mis cosas? -Inquiero dubitativa

-No, fuiste tú ayer -Mi madre aparece desde el salón. -Lo hiciste mientras jugaban los equipos de tercera, que te mandé al otro lado de la casa a hablar ¿Estás bien?

Asiento y me voy cogiendo sólo la funda del portátil de todo lo que han traído. Mi padre, vuelve a su fútbol sin prestarme más atención mientras mi

madre me persigue para saber si estoy bien, dice que parezco ausente.
Enciendo el ordenador sentada en una butaca de la biblioteca y decido
escribir, abro el documento empezado y me pone <<error>>. No tengo nada.
Se ha debido dañar el disco duro en el viaje, genial.

Capítulo 10

DUDAS

Cody

Ha pasado una semana desde que vi por última vez a Adam. También al ángel que debíamos encontrar. Y por supuesto, también a Lorena. Al único que tengo todo el día a mi lado es a Raziel, he tenido que acelerar su aprendizaje por mí mismo, sobretodo porque tampoco sé qué contestarle a las preguntas que me hace sobre lo sucedido.

Miro por la ventana del ático del centro en el que nos estamos quedando y alguien simplemente aparece.

-Hola Sabrina –Sus largas piernas se desplazan por el apartamento en busca de algo, luego posa sus ojos violáceos se posan en mí. Su cuerpo está solo cubierto por telas finas negras y góticas. Su textura es vaporosa y su escultura esbelta. Sus manos atraviesan los muebles. -¿Qué buscas, espectro?
–Gira su cabeza hacia mí simplemente dándole la vuelta. – Oh vamos Sabrina, es lo que eres.

-¿Dónde está Adam? –Me tenso inevitablemente y simplemente me encojo de hombros- -El Jefe está muy pesado con este tema, sinceramente, ya le he dicho lo que veo, pero no le sirve. ¿Dónde está Adam? –Me vuelvo a encoger de hombros. –Respuesta incorrecta

Soy arrastrado por el espíritu y el calor del infierno me invade

bruscamente. Voy a ser soltado en el escalón más profundo, pero, por alguna razón se detiene un poco antes.

-No es mentir si simplemente callas lo que no se te pregunta

Desaparece y caigo de bruces ante el Jefe que está sentado repiqueteando contra la grava y la Parca que me mira desde una esquina. Pienso en lo siempre claros que son esos espectros, siempre dejando todo a medias.

-Bienvenido Cody –Inclino levemente el mentón. -¿Cómo va la educación de Raziel? ¿Puede transformarse ya? –Niego con la cabeza. –Bueno, pues intenta acelerarlo, se avecina una guerra, no quieren renovar el pacto, aseguran que ellos no están matando a los esbirros ¿Es absurdo no crees? –Simplemente no respondo.- Bueno, y ahora para lo que te he hecho venir de esta manera tan....poco paciente. ¿Dónde está Adam?

-Bueno... -Pienso en Sabrina y su frase enigmática. –Encontramos al ángel. –Parece sorprendido ante tal información. –Pero no pudimos pelear y ambos desaparecieron. –No era mentira.

-Oh, deduzco que le está siguiendo para traérmelo, bien, puedes irte.

Salgo de allí mientras noto la mirada, mucho más profunda de la que se puede hacer con unos ojos de la Parca en mi nuca. Ascendo y Raziel me mira impaciente.

-¿Y bien?

-No lo sé, pero vamos a ir a averiguarlo. –Necesito más de una respuesta

Usamos la teletransportación y llegamos a casa de Lorena, le ruego que sea prudente. Nada más dar la vuelta hacia la puerta vemos que del jardín trasero está saliendo una rubia de piernas larguísimas, cabello dorado y ojos grisáceos. No somos los únicos interesados en saber qué está pasando. Se acerca a nosotros pero no se le ve intención alguna de atacar. Una limusina llega enseguida y se esfuma de allí. Esto no me gusta.

Entro en la casa sin esfuerzo puesto que todas las ventanas están abiertas. No hay absolutamente nada en el interior. Parece que alguien ha hecho una mudanza exprés.

-¿No me dijiste que una vez os llevó a casa de sus padres y que lo flipasteis? Estará allí –Asegura Raziel

Me sorprende la capacidad que tiene para pensar las cosas más corrientes. Es como si un humano intentase entender a otro. Le es fácil. Yo no pienso como ellos, y él tampoco debería. Quizá sea esa versión tan humana suya la que le impide transformarse.

Vamos hasta allí de la misma forma que nos habíamos desplazado hasta aquí y veo desde la casa de enfrente, en la que estamos usando camuflaje el interior de la casa con un prismáticos que, afortunadamente tiene el dueño de la casa.

-¿No podíamos simplemente entrar a mirar? –Me desespera este muchacho, empiezo a entender a Adam

-¿Recuerdas que ella por razones desconocidas puede vernos aunque usemos camuflajes? –Asiente como enfadándose consigo mismo por haberlo olvidado. –Lo que no sé es como todo parece tan normal. Ayuda a su madre a hacer la comida, las dos charlan alegremente de algo que parece trivial y su padre simplemente está sentado en el sofá como el día que fuimos. ¿Conseguirían hacerle algún tipo de hipnosis entre los dos cuando nos fuimos? –Pone las manos abiertas el chico como quien expresa que se lava las manos y no sabe nada. –Tienes que ir hasta allí

-¿Qué? Me dará un sartenazo en la cabeza –Se echa hacia atrás rechazando la idea

-No es una sugerencia, es una obligación –Sentencio. –Y no preguntes por qué. A ti no te tiene miedo, o al menos, no tanto como a nosotros. Ah, por si acaso, ponte eso.

-¿Estás de broma? ¿Es alguna especie de novatada? –Sostiene en alto el uniforme de repartidor que le acabo de dar sacado del armario del dueño de esta casa

-No, si simplemente ha funcionado, tienes que tener alguna coartada para haber ido hasta allí. –Asiente. –Sé prudente o te enviaré al infierno

Raziel

Parado frente al timbre de la casa, esto no me parece una buena idea. Seguramente me vea y monte algún espectáculo. Entonces tendría que salir

corriendo y eso lo tendría mucho más fácil Cody que sabe rastrear. Toco nervioso el interruptor y espero.

-¿Sí? ¿Puedo ayudarle en algo? –Lorena me ha abierto la puerta y me mira de forma serena y tranquila. No me reconoce. -¿Estás bien chico?

-¿Es usted Beatriz? –Improvisado para que me diga que no e irme de allí sin levantar sospechas.

-Aquí no vive ninguna Beatriz. –Un hombre, el padre de la chica que suele estar en el sofá ahora está frente a mí. Me mira de un modo extraño. –Intento ver los deportes. Cierra de un portazo y algo en mi siente alivio.

-¿Qué ha pasado? –Cody me interroga esperando alguna respuesta que no tengo.

-No sabe quién soy. Yo diría que es una humana normal. Por qué ahora que no están ellos.

-No lo sé, pero tenemos que encontrar a Adam. Hay algo en todo esto que no me gusta.

Recorreremos la ciudad de arriba abajo, incluyendo lugares sombríos donde encontramos miles de esbirros. Visitamos templos y escondites donde sólo los demonios superiores podemos entrar. ¿Le habría conseguido dañar el ángel?

-¿Me estabais buscando? –Adam sale tranquilamente desde un agujero subterráneo cerca del escondite de esbirros donde atacaron a Lorena.

-¿Dónde está el ángel? – Pregunto –Desapareciste y también lo hizo Uriel.

-No sé dónde está, pero, en realidad, creo que ambos estamos visitando los mismos lugares. Buscando una explicación. No sé cuánto tardaré en volver.

¿Está el Jefe muy nervioso?

-No es el Jefe quien más nervioso está. Habló con Cody pero te da tiempo. El problema es Lorena. –Cody intenta frenar mi discurso pero yo no puedo dejarlo. No entiendo qué ha pasado con ella y su humanidad me preocupa. Me recuerda a mí pero sin herencia ue la obligara a entender todo esto.

-¿Qué le pasa? ¿Mi amenaza no le sirvió? –Parece claramente frustrado-
¿Va a acabar en un manicomio?

-En realidad... -Cody me frena como si quisiera desviar la conversación.

-En realidad... ¿Qué? –Parece impacientarse

-Ella no recuerda nada, Adam. –Sus ojos se abren de sorpresa y mira hacia ambos lados. Niega con la cabeza.- Fuimos a su casa. Se ha mudado. No escribe. No está alterada. No nos reconoce...

-Eso no es posible –Su voz es como un huracán. –Yo intenté que así fuese. Uriel intentó que así fuese. Nada funcionaba con ella y decís que me voy y ya todo resultó solucionarse.

-Es lo mejor para ella y lo que intentábamos. No deberías enfadarte por eso. –Un puñetazo vuela desde Adam hasta Cody. –Adam volvamos a nuestra

misión real... –Lo dice sin acritud alguna.

-De acuerdo. Si es como decís...Si ella no me reconoce, olvidaremos todo lo que ha pasado.

Le veo irse confundido hasta la puerta de tres rocas y quedarse ahí mirando. Siempre he sido humano y he sentido confusión, rabia y miedo, pero él no está acostumbrado a esto. Le cuesta asimilarlo. Quizá alguno de mis muchos fracasos le ayudaría a comprender cómo se manejan los sentimientos. Quizá no sea el momento de que me conozca mejor.

Rastrean y me llevan con ellos. Volvemos a estar enfrente de la casa de Lorena. Espero a que pase algo. En realidad, ni si quiera sé bien qué estamos esperando. Los padres de ella salen en su volvo a comprar. Ahí está. Eso esperábamos.

-¿Queda alguien en la casa? –Pregunta Adam mientras que está inmerso en algo muy lejano que hace que tenga perdida la mirada.

-No. –Cody asiente como dándole un consentimiento que él no necesita.

Cojo los prismáticos desde la butaca de la casa donde nos encontramos y, aunque no sé bien por qué, deseo que a él si le reconozca.

Adam toca el timbre. Su semblante es serio y meditabundo. Lorena abre. Sonríe. Él no. Esa sonrisa es la que se le da a un desconocido que se presenta en tu puerta y preguntas si se le ofrece algo. La hemos perdido, pero nadie podía explicar cómo.

Capítulo 11

EL OLVIDO

Lorena

-¿Puedo ayudarle en algo? –Un joven y apuesto chico de mi edad ha llamado a mi puerta. Quizá era mi día de suerte. Se ha quedado muy callado y me mira esperando que diga algo, aunque no sé el qué. -¿Estás bien? Es el segundo chico que se presenta aquí y luego no me dice nada. –Sus ojos azul marino en combinación con su seriedad empiezan a inquietarme.

-¿Eres Lorena? –Su intensidad y el apretar de sus puños me hacen querer cerrar la puerta. Algo irracional me indica no hacerlo y simplemente asentir levemente. –Soy Adam, un vecino nuevo en el pueblo. Venía a presentarme. ¿Puedo pasar? –Dudo.

-Claro, mis padres volverán en breve. Han salido a comprar. –Pone un pie dentro de casa y, de repente, se para en seco. Su mandíbula está algo desencajada, parece tener un dolor insoportable.

-He de irme. Volveré luego. Cuando estén. Gracias. Hasta luego.

Cierro la puerta y me pregunto qué acaba de ocurrir. Esto ha sido muy raro. Subo las escaleras hacia el desván mientras en mis fosas nasales reside un olor agradable y vagamente familiar a jabón limpio y fresco. Mis manos

están irreconociblemente inspiradas y escriben a la velocidad de la luz. Mi historia acaba de transformarse en una gran y apoteósica cosa de dioses que tienen alas doradas y cuerpos de granito y piedras preciosas.

Llevo horas sentada en el ordenador cuando oigo el claxon de mis padres. Mi madre lleva unas bolsas cargadas a la cocina mientras mi padre ocupa su sillón adorado de ver el fútbol. Me siento a tomar un zumo. La ventana de la cocina revela que ya se ha hecho de noche. Un cuervo está posado en el árbol de enfrente y parece mirarme. Instintivamente y sin motivo aparente llevo mi mano hasta mi mejilla. Ahí no hay nada. Mi padre me mira inusualmente atento desde el sofá.

Salgo corriendo. El aire frío de la noche hace que el camisón se me pegue al cuerpo. Mis pies descalzos no tienen dirección, al menos no conscientemente. Me duele la cabeza, como si algo quisiera hacerme entender la sensación de vacío que tengo. Una rama sobresale y me araña la cara. Recuerdo un cuervo parecido al de la ventana. Me estoy volviendo loca. Aprieto las manos contra mi cabeza y unas lágrimas impertinentes han empezado a brotar de mis ojos como si de una cascada se tratase. No veo bien y caigo al barro. Las yemas de los dedos se hunden en el frescor de la tierra mojada. Miro a mi alrededor y retrocedo por instinto. He venido a parar al cementerio. Arrastro mi cuerpo un poco más hacia atrás dándome con un lápida fría.

Está bastante nueva y llama mi atención el blanco extremo que conserva. Las letras están tapadas por flores pero las esquinas lucen doradas. Aparto llevada por la curiosidad de algo tan hermoso en este pueblo tan banal las rosas frescas.

<<Lucía Evans>>

Un retrato situado debajo de las letras me hace pegar un grito sordo. ¿Soy yo? No, yo estoy viva. Es mi apellido y es idéntica a mí. Fijándome bien debe ser un poco más joven, unos dieciséis años. También está más delgada y sus ojos son un poco más claros, pero, son demasiadas casualidades.

Un ruido me sobresalta y me giro preparada para defenderme. Un chico impecablemente vestido de blanco me observa como si acabara de solucionar una gran duda. Sus ojos son grisáceos y su altura imponente, sin embargo, transmite una paz que ahora mismo necesito.

-¿Se encuentra bien? –Viene hasta mí y me tiende una mano. La acepto. – La acompañaré con gusto a su casa. Parece algo confundida.

Me dejo guiar por el extraño que tan bien parece saber donde vivo. Mi padre, ese que siempre está sentado, está en el porche. Parece increíblemente despierto.

-Me he encontrado a esta señorita en el cementerio. Parecía estar bastante afectada por algo. –Pasa mi mano hacia mi padre y veo entre ellos un gesto imperceptible que demuestra complicidad.

-¿Quién era Lucía Evans? –Borro de mi campo de concentración al desconocido que me ha traído hasta aquí y me detengo en los ojos cansados de mi padre.

-Tu hermana

-¿Por qué no recuerdo nada de ella? ¿Por qué no sabía si quiera que existía o que hubiera muerto?

-Los psicólogos dijeron que era una reacción normal el olvidar en una niña de tu edad. El hacer como si nada hubiera ocurrido.

Miro a mi madre. Su severidad y el hilo fino disgusto que son sus labios no me tranquilizan. Cruzo las piernas sobre el sillón mientras me traen una taza de tila. Mi mente divaga en el contraste de ojos grisáceos que me rodean con el azul intenso y hermoso del segundo desconocido que tocó mi puerta.

Subo mi habitación con una idea absurda en la cabeza. Explico a mis padres que necesito estar sola para asimilar. Cierro de un portazo la puerta de mi cuarto. Apoyo mi cuerpo dolorido y cansado sobre el duro roble y como si de una locura se tratara sólo puedo pensar en susurrar una cosa mientras cierro los ojos.

-Adam...

Al abrirlos no soy capaz de emitir ningún sonido con claridad. En la esquina del dormitorio está el chico de ojos azules. Me mira. Parece cansado

y sorprendido al mismo tiempo. Caigo en la cuenta de que no lleva camiseta y sus definidos músculos hacen que me ruborice. Se ríe de forma ronca. Avanza hacia mí a pasos pequeños y, por alguna extraña razón, no siento miedo ni ganas de huir.

-Estoy aquí...

Me tranquiliza aunque debería estar aterrada. Dejo caer mi cabeza sobre su hombro y un olor a jabón me envuelve. Sus manos se apoyan en mis caderas.

“-Lorena, no te voy a hacer daño. -Mueve su pulgar en círculos sobre el hueso de mi cadera”

Es imposible pero creo haber vivido una escena similar con él. Pero, no lo conocía. ¿O sí? Acaricio su mandíbula sin meditarlo demasiado.

“-¿Qué demonios me acechan? -Se ríe de forma ronroneante y sus pupilas se dilatan divertidas. -Yo soy mi propio demonio, Lorena.”

-¿Eres un demonio? -Le miro a los ojos para que note que no hay vacilación alguna en mi pregunta. Asiente sin dudar. -¿Tú puedes ayudarme a averiguar una cosa? -Sus cejas se levantan como si no fuese eso lo que esperaba que dijera al confirmarme lo que, sin explicación, sé a ciencia cierta. Finalmente, asiente.

-Llévame al cementerio. -Su cara es un poema y vagamente empiezo a recordar a mujeres vestidas de cuero y a un hombre simpático que me ofrecía

cocacola.

-Si bajamos por la escalera tus padres se van a preguntar qué hago aquí y cómo he llegado. –Deja sin señalar la evidencia de que yo también tendría que estar preguntándolo.

Una pequeña luz entra por la ventana. Me pego al cuerpo de Adam y, al instante, caemos sobre el barro del cementerio. Por suerte para mí, he caído arriba de su torso. Él no parece tan contento.

-¿Quién era esa luz? –Se incorpora de forma brusca. -¿Qué hacía en tu casa?

-¿Cómo que quién?

-¿Qué? –Parece meditar algo unos segundos. -¿Qué querías averiguar de aquí? –Mira a ambos lados como si fuera un perro esperando a su presa.

-Necesito que me digas quién era y cómo murió. –Destapo la foto de Lucía Evans. Mira de una a otra como si tuviera que fijarse para conseguir ver las diferencias. –Parece ser que era mi hermana.

-Lo era. –Una voz dulce pero firme me saca de mi tranquilidad. Al girarme veo al desconocido que me acompañó a casa.

-Uriel... -Adam se tensa súbitamente y yo recuerdo un enfrentamiento similar que acababa en cuerpos transformándose. –Creí que habías abandonado el tema.

-Lo hice... -Suspira mirándome. –Pero al parecer sus recuerdos han

vuelto.

-¿Cómo lo hiciste? ¿Por qué no le borraste los recuerdos delante de mí si podías hacerlo? –Parece enfurecido. “Ha dicho borrarle los recuerdos”.

-No fui yo. –Se calla prudentemente como si no quisiera desvelar más delante de mí.

-¿Y entonces quién? –Estoy harta de esta situación en la que todo el mundo parece querer obviar mi presencia y mis preguntas.

-Yo. –Mi padre está totalmente vestido de blanco, plenamente consciente y con la mirada viva y atenta sobre mí. –Aléjate de él.

Adam lo mira y me mira.

-Haré lo que tú me digas que haga. –Es un susurro bajo que me da entereza.

-¿Por qué no recuerdo cómo murió si era mi hermana? –Mi voz es un sollozo apenas audible. Todo lo que carece de sentido para mí ahora empieza a hacer que se tambalee hasta lo que yo consideraba mi mundo seguro.

-Porque yo decidí que así fuese. –Mi padre empieza a ascender hacia el cielo. Sus piernas se han vuelto de mármol como el resto de su ser. Sus ojos son más grisáceos que de costumbre. Uriel le imita y a ambos les aparece un tridente dorado como arma. –Y volverá a ser así.

-No puedes borrarle de la memoria todo lo que ha vivido si ella no quiere. –La voz de Adam es firme. Se separa unos metros de mí y se

transforma en una gran persona de ópalos, carbón y lava.

-Es mi hija. -Mi padre, o esa cosa que parece ser mi padre, vocifera. - Igual que lo era Lucía. -Vosotros la matasteis. -Parece fuera de sí. Miro a mi alrededor y no sé que decidir.

-Tiene razón, Lorena. -Uriel toma la palabra. -Los demonios son malos, aunque no fuera él en concreto, otros de su estirpe fueron los que mataron a tu hermana. Ella era un ángel, al igual que lo es tu padre. -Mi mundo se derrumba por completo. -Así que, si no quieres olvidar, también tienes la opción de venir conmigo. -Tanto Adam como mi padre le miran. -Puedo explicarte todo esto.

-Ella no va ir contigo. -Otro cuerpo hecho de carbón, granito y fuego aparece tras Adam. Por un instante me parece saber que su nombre es Cody. Mi cabeza no tiene tiempo de recuperar tanta información.

Capítulo 12

ELLA ES MÍA

Adam

No quiero hacerle daño a su padre, pero tampoco puedo retirarme y dejarla aquí sin más.

–Adam...–Da un paso hacia mí y eso es todo lo que necesito.

Cody parece entender mi intención y se pone delante de nosotros, la cojo por la cintura y desaparezco haciendo un remolino.

La llevo a otro de mis apartamentos, éste es un céntrico ático protegido por espectros que susurran cosas extrañas al verme aparecer con ella. Debe emitir algún tipo de luz, pero no es un ángel. Primero, lo notaría. Segundo, tendría los ojos grisáceos. Aún así he de tener una certeza de lo que ella sabe.

–Tu padre es un ángel, tu hermana era un ángel....Tú deberías ser un ángel, Lorena, pero....no lo eres.

–Que yo sepa no. –Se encoge de hombros algo asustadiza.

–Intentaré averiguar cómo es eso posible, pero tengo que ocuparme también de otras cosas. Alguien está matando esbirros. Son criaturas del infierno algo molestas. –Pone cara de sorpresa y sé que le queda mucho para entender del todo mi mundo. Ese que ahora también será el suyo. –Tengo la misión de encontrar al culpable y entregárselo a mi señor. También está el hecho de que seguramente esos luces empezarán a buscarte e intentarán matarme.

–Hazme el amor. –Me quedo callado y la miro, sólo puedo contemplar su

cuerpo mientras empieza a desnudarse. –Te necesito.

No podría hacer otra cosa en este momento más que lo que me pide. La quiero, yo, un demonio, alguien que está condenado para siempre en el lado malo se ha enamorado de alguien que debería ser un ángel. A veces, el destino, más allá del cielo y el infierno tiene su sarcasmo.

Cuando amanece, sólo puedo fijarme en ella. Está plácidamente dormida bajo las sábanas de seda. Tiene a la vista su clavícula, esa que le he besado mil veces mientras se dormía.

Una fuerte energía tira de mí hacia abajo. No quiero bajar ahora, necesito estar aquí si despierta, tengo que protegerla de que alguien le borre sus recuerdos. Intento resistirme. Más de lo que lo he hecho nunca, pero el jefe da un fuerte tirón y no hay nada más que yo pueda hacer.

Hace un calor súbito por aquí abajo. Él está sentado con una sonrisa plácida en su rostro y, junto a él, está la Parca.

-Hijo de Lucifer, creo que tras tantos años de existencia estás perdiendo tu tiempo en cosas banales.-Ríe con ironía. -¿He de decirte con quién has de pasar tus tiempos de recreo?

-Ella no es un ángel. –Afirmo con voz imponente.

-Eso ya me lo ha dicho un pajarito, pero no entiendo qué haces con ella. ¡No necesito a la maldita horda de ángeles sobre tus tobillos! ¿Y dónde está Uriel? ¡Puedo destruirte! ¡Tú sabes que puedo!

-Lo sé. Pero confío en que no lo hagas. –Toca marcarme un buen tanto o me destruirá. Cosa que pensaba pedirle como recompensa por terminar el conflicto, pero que ahora, me parece impensable. Lorena me necesita. –Yo soy el único que puede ayudarte con Uriel, y me necesitas para descubrir al mataesbirros, lo que a su vez es requisito para renovar el acuerdo.

-Cuidado, chico, te tengo aprecio tras tantos años, pero quiero que entiendas una cosa. Tú me debes sumisión. Esa chica podría ser un ángel, no lo es, pero algo de luz tiene que tener, entonces, haremos una cosa. –Noto unas grandes cadenas aparecer en mi cuello y en mis muñecas. –Ella lo descubrirá por ti.

Lorena aparece en el mismo centro del infierno de la mano de Raziel, él me mira con miedo y culpabilidad. Él la ha traído hasta aquí. No parece asustada, aunque debería estarlo.

-Hola, querida. Bienvenida al infierno. –Se pasea por la sala roja tranquilamente. –Verás, tengo un problema con el hijo de Lucifer, Adam, ahora le ha dado por romancear. ¡Después de siglos de existencia! Entonces he tenido que intervenir, que, oye, no me gusta tener que hacer lo que estoy haciendo, pero creo que es lo mejor. Necesito que te infiltres en el mundo celestial.

-Yo no soy un ángel. –La voz de ella es serena, como si comprobar que sigo vivo fuera todo lo que anhelaba al llegar allí.

-Pues es una buena afirmación, querida. –Se le acerca mucho y examina su

mirada. –Pero no sé si es del todo verdad, porque he recibido una petición del gordo, sí, del mandamás de los ángeles. ¿Y sabes qué decía?

-No. –Niega lentamente y me mira. Intento transmitirle la serenidad que yo no tengo.

-Que renovarías el acuerdo si te mandaba hacia arriba. –Mis ojos se abren como platos. –¿A que es extraño? ¿Para qué mover todo el cielo por alguien que no es nada? ¿Tanto peso tenía tu padre? ¿O es el amor de Uriel? ¿O quizá algo más? –Hace todas las preguntas que pasan por mi misma cabeza. –Pues bien, lo descubriremos. Si quieres que el bonito culo de Adam siga a salvo, vas a subir al cielo. Estarás allí y averiguarás lo que necesito saber. Qué eres, quién es el mataesbirros y cómo destruyo al gordo. ¿Podrás hacerlo?

-Lo haré.

Intento decirle que no lo haga pero no puedo hablar, viene hasta mí con el permiso del jefe. Acaricia mi mejilla y me da un beso en los labios. Uno que sabe a despedida. Lo último que veo es una luz. Se ha ido.

FIN

ÉL ES MI DEMONIO

(La continuación de la biología “Mi propio demonio)

Tras conocer a Adam mi mundo cambió por completo.

Me enamoré, descubrí que mi hermana había muerto a manos de los demonios, que mi padre era un ángel y que yo también debía ser uno, pero nunca llegué a serlo.

Ahora, Adam está encadenado al infierno y yo debo subir al cielo para averiguar qué soy, quién es el mataesbirros y ayudar al Jefe del infierno a destruir a los ángeles, todo para salvarlo.

¿Podrá el amor ayudarme a superar todos los obstáculos y remordimientos que me encuentre en el camino?

¿Está el equilibrio del mundo en mis manos?

¿Aunque ame a Adam, no son ellos los malos?

Sobre el autor

Iris Montes Mesequer es autora de la novela “Indomable pero mía” con la que obtuvo más de 1 millón de visitas en Wattpad.

Nacida en 1995 en Torre Vieja, se autocalifica como una enamorada de la lectura en general y del género romántico en particular al que se especializa con sus obras.

Podéis contactar con ella en sus Redes Sociales:

Facebook: Iris Montes Mesequer

Twitter: @Iris_Mesequer

Email: irisamoraloslibros@gmail.com

Agradecimientos

A mi madre y a mi hermana por ser el mayor apoyo en mi carrera en el mundo de la literatura.

A ti, Brian, por escuchar mi obra e imaginártela como si fuera una película.

A mis compañeros del Círculo de Fantasía por ser siempre un pilar de mi escritura y en especial a Jesús Salas, Lourdes Delgado y Carlos Ruíz quienes son mi gran referente e inspiración en el mundo Indie.

Para Zeus, que seguirá vivo como un ángel.